

La relación entre los seres humanos y los perros callejeros en espacios populares de Cali

TRABAJO DE GRADO
DANIELA CARRERA SUÁREZ

Director de tesis:
Tathagatan Ravindran

UNIVERSIDAD ICESI
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
PROGRAMA DE SOCIOLOGÍA
SANTIAGO DE CALI
2020

TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	4
INTRODUCCIÓN	6
Capítulo 1: Planteamiento del problema	8
Pregunta de investigación y objetivos.....	13
Metodología.....	14
Organización de la tesis.....	15
Capítulo 2: Perspectiva analítica	17
Etnografía multiespecie.....	17
La relación entre los animales y los seres humanos.....	22
Clasificación de los no humanos por los humanos y sus implicaciones para las relaciones entre los humanos y no humanos.....	27
Comunicación entre seres humanos y animales y entre estos últimos.....	28
Parentesco y mimetismo.....	29
Capítulo 3: La vida secreta de los perros	34
Relaciones interespecie entre los espacios menos frecuentes.....	37
La relación interespecie en los espacios más transitorios.....	44

Capítulo 4: Parentesco y mimetismo.....	57
Conclusiones.....	80
Bibliografía.....	83
Anexos.....	87

AGRADECIMIENTOS

A mi querida madre, Amparo Suárez, quien con su paciencia y colaboración me contaba historias que vivió hace muchos años en las distintas galerías de Cali, las cuales me permitieron crear una idea acerca de la relación que existía antes entre seres humanos y perros callejeros.

A mi padre, Olimpo Carrera, quien me acompañó durante toda la investigación. Llevándome a las 6 de la mañana, esperándome y recogéndome cuando me quedaba hasta tarde realizando entrevistas. Infinitamente gracias a este ser humano, pues sin él no hubiera conocido a muchos de mis informantes, no hubiera tenido la fortaleza de hablar con muchas personas y no me hubiera sentido segura cuando recorría los alrededores de la galería.

A mi hermano y hermana, quienes leyeron esta tesis varias veces para proporcionarme una versión distinta de los hechos y permitirme entender qué aspectos podría mejorar de ella.

A don Chucho, don Gustavo, el vigilante Martínez, doña Beatriz, “tito el cuentacuentos” y el “ojí verde”, a quienes les cogí un gran aprecio y cariño luego de terminado el trabajo de campo, pues con un café en mano y una rebanada de pan nos sentábamos a entablar charlas que iban más allá del trabajo de investigación. Gracias por las conversaciones, las risas, las imágenes, las historias y sobre todo, sus propias reflexiones sobre los perros callejeros.

A mi querido tutor Tathagatan Ravindran, quien me apoyó, me aconsejó y me ayudó durante este largo proceso, pues más que un tutor, fue mi confidente de campo, mi oyente de las historias de la galería y mi compañero en las reflexiones sobre los artículos que leía.

A los perros callejeros de la galería, porque me permitieron realizar un trabajo de investigación ameno, pues al lamerme, olerme, observarme y dejarlos acariciar pude entablar una relación que sobrepasaba los aspectos investigativos.

Finalmente, quiero dar un sincero agradecimiento a los perros callejeros que he adoptado, pues ellos fueron la razón de que me motivara a escribir sobre estos no humanos. Debido a que, luego de descubrir cada una de sus historias, decidí que era necesario dejar de invisibilizarlos.

INTRODUCCIÓN

La motivación de escribir este proyecto de grado surge por un interés propio que siempre he tenido por los no humanos, en especial por los perros callejeros, pues luego de haber adoptado diferentes perros, se despertó en mi interior un deseo por relatar sus historias, sus pericias, la relación que han tenido con sus anteriores dueños y los distintos maltratos que muchos han sufrido. Por tal motivo, al querer hacer mi proyecto de grado con los perros callejeros, comencé a investigar qué podría escribir sobre ellos. Así, que, primero, me dirigí a las fundaciones en las que he sido voluntaria para observar si realmente ese era mi interés.

Sin embargo, luego de hablar con diferentes gerentes de fundaciones, sentí que realmente no quería escribir sobre ellos, ya que mi interés no se encontraba realmente en relatar las nuevas vidas que tuvieron los perros callejeros. Después, pasé a posiblemente escribir sobre los maltratos que habían sufrido los perros, así que decidí ir a Zoonosis, la conocida perrera de Cali. Hablé con el director, recorrí parte de las instalaciones y, al percibir las condiciones deplorables en las que tenían a los animales, los chillidos, el camión con demasiadas jaulas, supe que no tenía la fortaleza para escribir sobre ello. Decepcionada, comencé a recorrer diferentes barrios de Cali para buscar en qué lugares se podrían observar perros callejeros en mayor cantidad. Caminé por parques, fui a zonas denominadas por los grupos animalistas como “las no deseables para dar animales en adopción” por la alta presencia de perros callejeros. Luego de diferentes desilusiones debido a que no encontraba un espacio para llevar a cabo mi proyecto, decidí sentarme y escuchar las conversaciones de mi familia.

Luego de escuchar sus relatos acerca de las galerías en Cali, de la estrecha relación que se crea entre los miembros que conviven allí, y de la presencia de perros callejeros, decidí emprender mi recorrido por las distintas galerías de Cali, o bueno, las más conocidas por mí.

Primero, visité la galería “Santa Helena”, una galería bastante grande, desordenada y con una alta presencia de perros callejeros. El problema con ella era que se encuentra lejos de donde resido. Lo mismo sucede con la galería Alameda. Por tal motivo, comencé a emprender mi caminata a la galería el Porvenir, a aquel espacio cercano a donde vivo, aquella galería en la que mi padre siempre ha hecho las compras y en la que conoce a muchos de sus trabajadores.

Desde ese momento supe que tenía facilidades en cuestiones de acceso a la información sobre los perros callejeros y, al poder observar distintos perros divagando por la zona, comiendo de los retazos de carne que caían de los mesones o que eran aventados por algún carnicero, supe inmediatamente que era el lugar indicado para ejecutar mi investigación.

Capítulo 1: Planteamiento del problema

Eran las seis de la mañana, las calles se encontraban totalmente vacías, sólo habían unos pocos carros empezándose a acomodar al frente de una galería, mientras un hombre conocido como “El arrepentido”, por su afición al América, comenzaba a guiarlos para que todos quedaran en línea. Caminé hacia donde personas con canastos se dirigían. Subí los escalones y un nauseabundo olor a carne podrida, desperdicios y suciedad, invadió mi nariz. Al entrar, se percibía frutas dañadas tiradas en el suelo, bolsas de basura apiladas en una esquina, gatos durmiendo o subiéndose a los muros y personas desahoradas comprando porque algunos productos estaban más baratos. Seguí caminando, aquella zona en la que se podía divisar vendedores de frutas, acomodados con sus respectivas mesas de madera en donde depositaban los alimentos, había sido cambiada por un piso ya no de cemento, sino de cerámica, en la que en cada paso que daba las grandes cantidades de sangre lentamente eran lamidas por los perros callejeros que se sentaban en diferentes estaciones a pedir alimento. Las cabezas de vaca, los ojos, las gallinas colgadas, las lenguas, las tripas y el nauseabundo olor a sangre era lo primero que sobresaltaba a la vista al cambiar de espacio, pero algo intrigante llamó mi atención: distintos perros callejeros empezaban a llegar para sentarse o recostarse en la cerámica al frente de diferentes carniceros que, mientras comenzaban a cortar las distintas partes de la vaca, del cerdo y del pollo, empezaban a tirarles parte de estos animales a los perros. Inmediatamente estos animales se paraban, se lo comían crudo y se volvían a sentar hasta que les tiraban otros pedazos, y finalmente, cuando veían que ya no les iban a dar más, comenzaban

a realizar su estrategia de supervivencia, la cual iniciaba en estas zonas y finalizaba en la fritanga y en los restaurantes. Mientras los perros se paraban y se dirigían a estos espacios, los carniceros comenzaban a relatarme las historias de ellos, y a decirme frases como: “ahí va Alacrán, ese sí no deja que nadie lo toque, por eso le pusimos así”.

Es innegable el hecho de que existe una relación entre animales y seres humanos, y más específicamente con los perros, pues si nos remontamos al pasado, en épocas prehistóricas, en países europeos y norteamericanos, los perros eran considerados alimento. Luego, cuando el humano comenzó a aprender a cazar, el perro se consideró un instrumento que permitía llegar a conseguir alimentos más grandes y nutritivos, y así, el animal mantenía su vida. Posteriormente, en etapas pastorales, se convirtió en un animal que podría cuidar el rebaño y llevarlo a un determinado lugar, hasta que finalmente, hoy en día esa relación se ha fortalecido tanto que actualmente es considerado un miembro de la familia que ofrece cariño, amor y compañía, y que además es un elemento que marca la distinción entre personas de estrato alto con las de estrato bajo, pues se considera que el perro de raza es exclusivamente para los individuos de la aristocracia, mientras que el perro criollo se relaciona con los sujetos más pobres (Diez, 2014).

Sin embargo, es necesario señalar que esta relación entre perros y seres humanos varía de acuerdo con aspectos tanto temporales como geográficos, pues en América Latina el perro al comienzo era considerado como un alimento porque sus tradiciones fúnebres así lo dictaminaban, pero con la llegada de los españoles esta relación cambió, pues al ser perseguidos por los perros de los conquistadores, la relación estuvo atravesada por el terror y por el dolor que les causaba ver a sus seres queridos desgarrados. No obstante, debido a la

aculturación, el perro comenzó a considerarse como un animal de compañía que brindaba cariño, amor y, lo más importante, que marcaba una diferenciación tajante entre las clases sociales (Diez, 2014).

Así mismo, a pesar de que las personas tengan en su imaginario que cuando se habla de la relación entre perros y humanos, sólo se hace referencia a los perros callejeros y los domésticos, hay que agregar a los perros *ferales* o perros salvajes. Estos son muy poco nombrados en las investigaciones que se realizan desde las ciencias sociales, pues la mayoría de los estudios provienen principalmente desde la biología y la veterinaria. Sin embargo, se ha encontrado que estos perros principalmente se ubican en municipios de Cundinamarca y Popayán, y que se caracterizan por vivir y atacar en manada, lo cual garantiza su supervivencia y, por lo tanto, no dependen del ser humano (Tarazona, 2016). En este sentido, la carencia de artículos sobre los perros ferales e incluso, de los mismos perros callejeros, se debe principalmente a que la mayoría de estudios se han enfocado principalmente en estudiar la relación entre perros domésticos y humanos, con el fin de comprender el proceso de domesticación, cómo se han convertido en miembros de la familia, e incluso cómo pueden ser nombrados por algunas culturas, como la judía, como seres humanos (Vertesh, 2012) . Conllevando así, a que los otros tipos de perros queden relegados.

Por consiguiente, observando cómo la gran mayoría de estudios se han enfocado principalmente en la relación entre los humanos y los perros domésticos, y percibiendo cómo los perros callejeros han sido estudiados principalmente desde la salud pública que los ve como “plagas” (Cadena, 2013), he decidido analizar la relación entre seres humanos y perros callejeros con el fin de comprender cómo las personas interactúan con ellos, qué piensan de

los perros callejeros, cómo llegan hasta el punto de asignarles un nombre a un animal del que no se es dueño, entre otras cosas.

Así mismo, consideré que un espacio viable para llevar a cabo esta investigación podría ser los barrios populares, pues es allí donde, según varios familiares, sería posible observar grandes cantidades de perros callejeros. Además, al presentarse distintas dinámicas como: las continuas charlas entre vendedores y compradores, salidas realizadas por los miembros de la galería, entre otras, se podría percibir sí la división tajante que algunas personas crean entre ser un perro criollo/raza todavía sigue vigente en la mentalidad de las personas que compran en la galería el Porvenir.

En este sentido, comprendiendo el espacio popular como una zona ambigua, heterogénea en la que no existe una estructura económica determinada y en la que confluyen múltiples sujetos con modos de vida, organización familiar, formación educativa y otros aspectos culturales determinados (Comisiónporlamemoria), he decidido elegir la galería el Porvenir como el espacio popular a investigar. Esta galería ubicada al nororiente de Cali, entre la carrera 5 y la calle 31, cuenta con diferentes actores tales como: compradores de diferentes estratos, vendedores de fruta, carniceros, meseras de restaurantes, cocineros (as), vigilantes, perros callejeros, y cuidadores de carros y motos.

A su vez, la escogencia de este espacio que estudié a lo largo del año 2019 se debe a que es un sitio en el que confluyen diversos individuos que al estar en un ambiente popular y concurrido. En el que se presentan robos y peleas, se podría esperar que las personas se comporten de una determinada forma, pues basándome en Salcedo (1996), cuando un sujeto se somete a este tipo de ambientes, este tiende a actuar de cierta manera con el objetivo de adecuarse a los comportamientos que se esperaría que tenga en estos espacios. Como por

ejemplo, en el caso de la galería el Porvenir, los compradores al encontrarse en un ambiente popular podrían comportarse de una cierta forma con los perros callejeros, como puede ser: no generando un vínculo cercano con los perros, dándole algunas veces un pedazo de alimento a los perros callejeros, entre otros. Además, en esta galería cuento con informantes claves que son muy abiertos a contar las experiencias que han tenido con los perros callejeros, los nombres de estos animales, en qué condiciones llegaron los perros a la galería, entre otras cosas.

Pregunta de investigación: ¿Cuáles son las dinámicas que se crean en la relación entre los humanos y los perros callejeros en espacios populares de Cali?

Objetivo general: Describir las dinámicas que se crean en la relación entre los humanos y los perros callejeros en espacios populares de Cali.

Objetivos específicos:

- Analizar las interacciones entre humanos y perros callejeros en espacios populares de Cali
- Comprender cómo la organización espacial y las características sociodemográficas de los espacios populares (como la galería el Porvenir) puede ser un factor fundamental para entretejer una determinada relación.
- Estudiar cómo se establece una relación de parentesco entre los perros callejeros y los seres humanos en estos espacios.
- Comprender cómo el proceso de mimetización entre los perros callejeros y los seres humanos favorece la creación de una relación de parentesco entre ambos.

Metodología

La metodología que seguí en el trabajo es la denominada etnografía multiespecie. Una herramienta que permite comprender la relación que se crea entre humanos y no humanos, enfocándose principalmente en los no humanos (Helmreich & Kirksey, 2010). Esta metodología permite dar cuenta cómo una relación entre humano y no humano puede cambiar con respecto al tiempo, puede estar determinada por las creencias que se crean alrededor de los no humanos y, cómo se pueden crear interacciones y vínculos entre estos dos seres. Por consiguiente, al aplicar esta metodología en un espacio popular de Cali como la galería el Porvenir, pude comprender con mayor claridad, las interacciones y comunicaciones que existen entre los seres humanos y los perros callejeros en tales espacios.

En este sentido, inicié haciendo observación en la galería el Porvenir durante aproximadamente dos meses, buscando describir los olores, las acciones que ejecutaban los vendedores de la galería cuando observaban a los perros callejeros y los gestos de los compradores y los vendedores cuando un perro callejero se acercaba. A su vez, en este periodo de tiempo buscaba evidenciar los lugares en los que más circulan los perros, especificar las acciones de los perros para que les den comida, y describir cómo recorren toda la galería. En segunda instancia, hice entrevistas semiestructuradas o informales en los lugares más transitados por los perros, como la zona de las carnes, en donde entrevisté a don Gustavo, uno de los informantes claves que tuve, y a otros seis carniceros, que me informaban acerca de la presencia de los perros callejeros. Así mismo, me entrevisté con don “Tito, el cuentacuentos”, un hombre que trabaja en la zona de restaurantes y se encarga de darles los residuos que dejan las personas en sus mesas a los perros callejeros. En tercera instancia, hice entrevistas semiestructuradas en los espacios menos transitados, como la zona de verdura, de

fruta, de venta de productos religiosos, de flores y donde los guardas de seguridad circulan, para determinar si existe una diferencia en la relación de perros callejeros y humanos entre los mismos trabajadores de la galería. En este lugar, entrevisté a don “Chucho”, un amigo de mi padre, quien fue mi informante clave, y a seis vendedores de frutas y verduras que no les daban relevancia a los perros. Así mismo, entrevisté a las conocidas “señoras de los tamales”, a los “peladores de papa” y a la señora de las arepas, quienes no me dieron mucha información acerca de los perros, pues eran personas que habían comenzado a trabajar en la galería desde hace 2 años aproximadamente, momento en que la cantidad de perros callejeros había disminuido a 2 o 3.

De igual modo, entrevisté a las dos administradoras y al vigilante de la galería, encargados de recoger a los perros callejeros que llegaban a la galería en grave estado de salud, además de celebrar los cumpleaños a los perros de la galería, y gestionar las esterilizaciones y vacunas de estos. Finalmente, en cuarta instancia, hice cuatro entrevistas móviles a personas que transcurren por la galería, quienes, mientras iban caminando y comprando, me comentaban qué opinaban acerca de los perros callejeros. Todo esto con el fin de contrastar la relación que se crea con las personas que trabajan en la galería el Porvenir, con las que utilizan la galería para comprar algún producto.

Por consiguiente, luego de utilizar esta metodología encontré tres hallazgos principalmente en mi investigación. En primera instancia, pude comprender que a causa de la disminución de los perros callejeros en la galería el Porvenir, estos habían tenido que adquirir características humanas en búsqueda de sobrevivir como: la ubicación en diferentes mesas a esperar que los clientes les dieran de sus alimentos, la acción de sentarse a esperar que una persona le depositara los alimentos que dejaban los compradores, cuando era un restaurante

interno, y la llegada a tempranas horas a la galería en búsqueda de que los carniceros les dieran diferentes tipos de carne. En segunda instancia, a raíz de las diferentes entrevistas que realicé en los espacios más transcurridos, me pude dar cuenta que estos perros callejeros realmente no deberían de ser llamados bajo esta categoría, sino bajo el término de *perros colectivos*, dado que varias personas contribuyen de diferentes maneras a gestionar y asumir los costos de esterilizaciones y vacunas, pareciera que todos ellos fueran sus dueños. En este sentido, en tercera instancia, pude entender que la relación entre las personas ubicadas en esta zona y los perros callejeros era muy estrecha, por lo que se generó la creación de una *familia multiespecie*. En la que el perro dejó de ser un agente externo a ser un agente interno dentro de esta familia. Conllevando así, a que las personas de estas zonas observen al perro como un *pariente*, como ese ser que brinda cariño, afecto, seguridad y con el cual pueden establecer un fuerte vínculo al llevarlos a paseos de ríos, estar presentes en fiestas navideñas, entre otras actividades que hacían con los perros callejeros.

Organización de la tesis

Este trabajo de grado está dividido en 4 capítulos.

La primera parte abre con una pequeña viñeta etnográfica que describe mi primera visita a la galería el Porvenir. Seguidamente, se encuentran los objetivos y la metodología que utilicé en el trabajo.

La segunda parte es el contenido teórico del trabajo, en el que primeramente me enfoco en la explicación de la definición de la etnografía multiespecie, su origen y sus características. Posteriormente, doy una ejemplificación con base a una serie de artículos, que apelan a la metodología de la etnografía multiespecie para mostrar cómo este tipo de etnografía permite

comprender: cómo la relación entre humanos y no humanos puede cambiar con respecto al tiempo, cómo los humanos clasifican a los no humanos y cómo se puede crear comunicación entre humanos y no humanos, y entre estos últimos.

Posteriormente, me concentro en la categoría del mimetismo con la que busco demostrar cómo en los espacios populares, los perros callejeros han adquirido características humanas en su constante lucha por sobrevivir. Seguidamente, muestro cómo la categoría del *parentesco*, definida como una estrecha relación de afecto y de cariño entre humanos y no humanos en la que el no humano es visto como un pariente, puede ser aplicada en contextos urbanos populares. Finalmente, estudio cómo el concepto de familia multiespecie, un término que revela un conjunto de interacciones entre humanos y no humanos, en la que el no humano ya no es un agente externo de la familia, sino que se convierte en un agente interno que también genera cambios en las dinámicas familiares, se puede pensar en las relaciones entre seres humanos y perros callejeros en la galería el Porvenir.

La tercera parte es “La vida secreta de los perros”, en la que principalmente doy una visión etnográfica acerca de cómo está dividida la galería el Porvenir, cómo se empiezan a entretener relaciones entre los humanos y los perros callejeros en algunos espacios más que en otros, contrastando lo que observo con los conceptos de mimetismo, parentesco y familia multiespecie.

Finalmente, la cuarta parte es “Parentesco y mimetismo”, en la que, vinculo el trabajo etnográfico realizado en la galería con la discusión teórica para demostrar cómo en los espacios populares se puede observar que la relación estrecha entre humanos y perros callejeros ha provocado que los perros callejeros empiecen a adquirir características humanas hasta el punto de que los seres humanos observan al no humano como un pariente.

Capítulo 2: Perspectiva Analítica

El análisis de perspectiva se subdividirá de la siguiente forma: en primera instancia, se explicará qué es la etnografía multiespecie, el origen de esta rama y su objeto de estudio. En segunda instancia, se analizará cómo, a raíz de la etnografía multiespecie, se puede comprender la relación entre los seres humanos con los no humanos, explicando primeramente los diferentes tipos de relación que existen, pasando posteriormente a una ejemplificación que permitirá entender con mayor claridad cómo se pueden observar las relaciones humanos-no humanos, y finalmente, se explicará la relación entre los humanos y los perros. En tercera instancia, se expondrá cómo la etnografía multiespecie permite comprender la clasificación de las especies, tal y como ocurre en la relación entre humanos y perros. En cuarta instancia, se evidenciará cómo la etnografía multiespecie permite entender cómo se crea una comunicación entre las personas y los animales, y entre estos últimos. Finalmente, se señalará cómo, a raíz de la etnografía multiespecie, se dan pistas para repensar el concepto de familia y parentesco, a partir de la idea de que los no humanos tienen parentesco con los humanos debido a las relaciones, interacciones y vínculos entre estos dos tipos de seres.

Etnografía multiespecie

La etnografía multiespecie surge en el siglo XXI con la unión de tres líneas: los estudios ambientales, las ciencias y estudios de tecnología y, estudios en animales (Helmreich & Kirksey, 2010, pág. 545). Esta etnografía tiene como objetivo principal “observar las relaciones entre humanos y no-humanos en la medida en que capta cómo animales que han aparecido históricamente como mascotas o como objetos que aparecen como alimento para los humanos, empiezan a ser centro de atención de un nuevo estilo de escritura etnográfica”

(Sánchez, 2018, pág. 311). Por lo tanto, este campo no pone al animal como un apéndice del ser humano, sino que lo coloca como el eje principal de la etnografía con el fin de que sea más visible la interacción entre los seres humanos y los no humanos (Segata & Lewgoy, 2015). Provocando, que a partir de este nuevo enfoque hacía los no humanos, se creen diversos estudios con seres que habían sido poco indagados como los insectos, los hongos, los microbios, entre otros (Helmreich & Kirksey, 2010). En este orden de ideas, la etnografía multiespecie permite comprender las relaciones entre seres humanos y no humanos. Un claro ejemplo es el trabajo de Erickson (2007), quien a partir de esta metodología, pudo comprender que la relación que existía entre los humanos y los elefantes en Camboya se encontraba determinada por la agencia que les daban los cuidadores a los elefantes, al no permitir que los turistas los montaran, al promover caminatas con ellos y, al enseñarles nuevamente a bañarse por sí mismos, lo que posibilitó que los elefantes volvieran a aprender a comunicarse entre ellos.

Así mismo, Raby (2014) utiliza esta herramienta para entender que la relación entre los seres humanos y el zopilote, o buitres, se encuentra marcada por una concepción del animal como un ser que proporciona lluvia y, por esto se celebra al buitre en días específicos del año. Otro estudio que permite comprender la relación entre humanos y no humanos es el de Ghandi (2012), quien, después de usar la etnografía multiespecie, se da cuenta de que la relación entre los seres humanos y los monos en Delhi ha cambiado, pues al comienzo fueron considerados dioses, luego seres salvajes, hasta que finalmente fueron señalados como animales que podían domesticarse para labores de circo o para ser exhibidos en zoológicos.

Por otro lado, la etnografía multiespecie, además de permitir comprender la relación entre humanos y no humanos también lleva a que a partir de esta, se puedan crear planes o

proyectos con la comunidad con el fin de solucionar un problema, como la deforestación de un bosque, la falta de interés por los perros callejeros, entre otras cosas (Fock & Jacob, 2018). De igual modo, en caso de que no exista una relación armoniosa con los no humanos, como se revela en la investigación de Erickson (2017) en el santuario de elefantes, la etnografía multiespecie también permite entender cómo, a través de la creación de una interacción más armoniosa entre humanos y no humanos, se puede llegar a vivir bajo el ideal de *convivir con* (Haraway, 2008) el animal, es decir que este ser ya no sea visto como un no humano que puede ser explotado, sino como un animal con el que se debe aprender a vivir.

Por consiguiente, este campo relativamente nuevo conocido como la etnografía multiespecie, que ha intentado abordar distintos actores como los virus, las conchas, los moluscos, los elefantes, los monos, entre otros, es de gran importancia para este trabajo de investigación, pues además de permitirme comprender la relación entre humanos y perros, también llena un vacío teórico, pues la mayoría de investigaciones que se han dedicado a estudiar y explicar esta relación, se han enfocado en los perros domésticos y no, en los otros tipos de perros, como los callejeros. A su vez, cabe señalar que la mayoría de estos estudios provienen principalmente de países europeos y norteamericanos, y no de América Latina, como los libros de Donna Haraway “*When species meet*” (AÑO), o el informe de Dafna Shir Vertesh “*Flexible Personhood*”: *Loving Animals as Family Members in Israel*(AÑO), lo que conlleva a que la relación entre seres humanos y perros provenga principalmente desde una visión eurocéntrica que en contextos colombianos se podría presentar de una forma diferente.

Así mismo, los pocos trabajos que existen desde una mirada latinoamericana narran la relación entre seres humanos y los perros, en contextos totalmente diferentes a los que yo estoy estudiando, como por ejemplo el libro *How Dogs Dream: Amazonian Natures and the*

Politics of Transspecies Engagement de Eduardo Kohn (2007), en el cual se relata cómo la comunidad Runa, ubicada en los altos de la Amazonía, observa a los perros domésticos como niños, y por lo tanto, les adjudica una serie de actividades como emitir sonidos únicamente cuando en sus sueños están cazando a otros animales, y no gastar sus energías en actividades innecesarias.

Otro estudio que analiza la relación entre humanos y perros es el de Bolton (2020) en la comunidad de pastoreo de llamas en Sur Lipez, en el sur de Bolivia, en el que muestra que la relación entre los perros y los seres humanos está determinada por una concepción que les otorga a los perros liderazgo y autonomía, pues no necesitan ser domesticados para realizar las labores del pastoreo o ladrar cuando algún extraño ingresa a las fincas. Debido a que se piensa que cuando se compra a los perros, estos ya vienen domesticados. A su vez, al ser ellos (as) los dueños (as) de los perros, tienen la potestad de maltratarlos cuando quieran. Sin embargo, la consecuencia es que, cuando la persona muere, el perro ya no puede ser su guía espiritual.

En este sentido, estos pocos estudios en América Latina hacen referencia a perros domésticos en comunidades indígenas de zonas rurales. Por consiguiente, a pesar de que existen estudios acerca de la relación entre los humanos y los perros, estos se presentan en contextos distintos al que se está estudiando, lo que representa un vacío teórico en el estudio de la relación entre los seres humanos y los perros, especialmente callejeros, en contextos urbanos populares.

A su vez, aquellas pocas investigaciones que se han enfocado en los otros tipos de perros, como el callejero, provienen principalmente desde una visión de la salud pública señalando cuántas personas a lo largo del año han sufrido mordeduras por perros, las distintas enfermedades que un perro callejero puede transmitir y la cantidad aproximada de perros

callejeros que se encuentran en las calles. Como por ejemplo, el trabajo de Cadena (2013) en Quito, en donde se muestra cómo los perros callejeros han sido principalmente vistos como un problema de salud pública al presentarse elevados casos de mordeduras, de los cuales el 85% y 90% son producidos por los perros callejeros, al ser transmisores de enfermedades como la rabia que podrían ser letales en determinadas personas y, al generar problemas de salud a causa de la gran cantidad de excrementos que se encuentran en las calles.

Así mismo, es a raíz de los hallazgos que encontré que se puede apelar a esta metodología para generar planes o proyectos en pro de disminuir los problemas con los perros callejeros, como el desagrado hacia ellos, el estigma que tenían las personas al considerarlos como una peste que debía ser erradicada, entre otras cosas. A su vez, utilicé las categorías más usadas en la etnografía multiespecie como: el especismo, definido como “la discriminación de un individuo en función de su especie” (Sánchez, 2018, pág. 309), y el antropocentrismo, conceptualizada como la evidencia de la discriminación hacia los no humanos por medio de la explotación y el ejercicio del poder de los humanos (Sánchez, 2018, pág. 309), con el fin de mostrar la discriminación que existía hacia los perros callejeros.

A su vez, es necesario señalar que otra categoría muy utilizada en la etnografía multiespecie es la del “multinaturalismo de perspectiva”, la cual es definida como las diferentes interpretaciones que pueden existir sobre una misma naturaleza (Morales), pues, por ejemplo, en el trabajo de Kohn (2007) se presenta que la comunidad Runa de la alta Amazonía ecuatoriana concebía a los perros como niños, pero posteriormente del trabajo investigativo, me pude dar cuenta que realmente en los espacios populares, como la galería el Porvenir, realmente los perros no son concebidos de esta forma.

La relación entre los animales y los seres humanos

Luego de conocer que la etnografía multiespecie es la rama que se encarga de estudiar la relación entre los humanos y los no humanos, es necesario comprender que existen distintos tipos de relaciones entre estos dos tipos de seres. Por ejemplo:, el animismo, el cual se basa en darles consciencia o alma a los seres no humanos. Como lo demuestra Kohn (2007), en su trabajo con la comunidad Runa, en donde posteriormente de utilizar la etnografía multiespecie se da cuenta que existe una relación íntima entre los Runa y los perros a causa de que las personas consideran que los perros tienen alma y subjetividad. En segundo lugar, está el totemismo en el que “los no humanos son signos que sirven de referentes para pensar las relaciones sociales y se traspasan ciertos comportamientos de los animales o plantas para ejemplificar los actos de los humanos en una relación metafórica” (Ulloa, 2002, pág. 17). En tercera instancia, el nagualismo que “ se relaciona con la creencia de que los humanos tienen un animal doble que está por ahí, con el que no se establece contacto directo, aunque los comportamientos del animal sí afectan el humano” (Ulloa, 2002, pág. 17). En cuarta instancia, el analogismo que “plantea el principio de correlaciones de efectos entre diversas entidades y los humanos, aunque éstos estén alejados” (Ulloa, 2002, pág. 17). Finalmente, en quinta instancia está el naturalismo, que señala que la naturaleza existe independientemente de la acción humana.

Un trabajo que permite comprender cómo se da la relación entre los humanos y no humanos es el de Raby (2014), quien muestra cómo el zopilote (buitre) es un ser que conecta tres mundos nahuas: el inframundo (abajo), la tierra (en medio) y el cielo (arriba), por lo que recibe diferentes nombres como “aire”, “viento” y “espíritu del campo”. Así mismo, es clasificado bajo dos categorías: la comida, ya que consume alimentos que los humanos no

comerían como la carroña, y la empatía, porque como es un animal que puede viajar al inframundo, es capaz de llevar a cualquier ser humano a visitar a algún familiar muerto y traerlo de vuelta.

En este sentido, el autor propone que hay una relación entre el zopilote y los seres humanos, que está atravesada por la creencia de que este ser puede proporcionar lluvia a la comunidad, por lo que en ciertos meses se hace una ceremonia en la que se mata a un guajolote macho que es cocinado por las niñas bajo la supervisión de las viudas u oficiales del pueblo, ya que se considera que ellas son las más puras. Entonces, si baja el zopilote rápido significa que serán lluvias intensas y si baja fragmentado significa que serán lentas y poco abundantes. Así mismo, si baja el zopilote negro significa que serán lluvias malas, mientras que si es el rojo serán buenas (Raby, 2014).

Otro trabajo que estudia la relación entre seres humanos y no humanos es el de Diez (2014), quien se enfoca en comprender cómo los seres humanos se relacionan con los perros. En este sentido, según este autor, para estudiar dicha relación es necesario entender que varía, tanto espacial como temporalmente, pues si se observan las transformaciones históricas en Europa y Norteamérica, se puede percibir que al principio el ser humano percibía a los perros como alimento. Luego, los perros se convirtieron en acompañantes de la cacería, pasando posteriormente a ser considerados como ayudantes de las labores de pastoreo, hasta que finalmente, en el siglo XIX y XX, se consideraron mascotas, *animales de compañía* y también, propiedad de los seres humanos (Diez, 2014).

Sin embargo, esta relación entre seres humanos y perros se presentó de una forma distinta en Centroamérica, pues a pesar de que los perros eran usados como alimento en sacrificios ceremoniales y fúnebres, con la llegada de los españoles esta relación fue marcada por el

terror y el miedo, puesto que los españoles hacían que los perros persiguieran a los indígenas para devorarlos. Es así como el ideal europeo de que los perros de *raza* eran los acompañantes de las personas de la aristocracia, mientras que los *criollos* o también llamados *chuchos*, eran aquellos animales que debían ser rechazados, se empezó a instaurar (Diez, 2014).

De igual modo, esta relación se observa de una forma diferente en la comunidad Runa de la alta Amazonía ecuatoriana, quienes basado en el “multinaturalismo de perspectiva” (Kohn, 2007, pág. 7), es decir, en el ideal de que hay muchas naturalezas, cada una asociada con el mundo interpretativo de un particular ser, observan a los perros como si fueran niños. Los cuales comienzan a adquirir características humanas como: no ser perezosos, no gastar sus energías persiguiendo animales, sino que mejor guardarlas para la cacería y la emisión de sonidos adecuados en cada sueño que tienen. Los cuales eran “hua hua” cuando estaban persiguiendo a un animal, lo que significaba que al otro día lo iba a cazar y “cuai”, cuando un jaguar lo estuviera acorralando, lo cual sucedería al siguiente día, pero si ladraba y no ocurría lo que se dictaminó, entonces era sujetado, amarrado de su boca y obligado a ingerir por ella una serie de alucinógenos para que se domesticara y supiera decir estas palabras cuando realmente se debía de decir.

Por consiguiente, estas distintas transformaciones de la relación entre los seres humanos y los perros han llevado al conocido proceso de domesticación, en el cual los perros se convierten en animales de compañía, en seres que se han creado para las necesidades humanas, que son controlados sexualmente por las vías de la esterilización o la castración, y que son vueltos dóciles y disciplinados ya que se les enseña dónde deben hacer sus necesidades, dónde deben dormir y a qué hora deben comer (Diez, 2014).

Así mismo, en algunos casos la relación entre el ser humano y el perro puede ser demasiado fuerte hasta el punto que autores como Gutiérrez, Granados y Piar (2007) señalan que se puede crear un vínculo entre estos dos seres determinado por la seguridad, es decir, por el ideal de protección que las personas tienen hacia los perros, la intimidad marcada por el afecto entre el animal y la persona, la afinidad que existe entre ambos, y la constancia por mantener el vínculo. En este sentido, este estrecho vínculo que se ha creado se revela en la industria capitalista, que comienza a crear nuevos productos y profesiones para satisfacer las necesidades de los dueños de los perros. Por consiguiente, se observa cómo aparecen productos especializados para cada raza, alimentos que contienen más proteína y vitaminas que les servirán a los animales, y profesiones ligadas al mejoramiento de la calidad de vida de los perros (Haraway, 2008).

Sin embargo, es necesario señalar que, a pesar de que algunas personas generan un vínculo con el perro, otras, al considerar al animal como un ser creado para una necesidad humana como la protección, mejorar la salud física de las personas o tener un afecto hacia algún ser, (Gutiérrez, Granados, & Piar, 2007), los convierten en una mercancía que puede ser abandonada cuando se presentan circunstancias como un cambio de residencia, problemas de comportamiento o la inesperada llegada de un bebé (Diez, 2014). Esto lleva a un aumento de animales que, en búsqueda de sobrevivir dejan a un lado el proceso de domesticación, y se convierten en perros callejeros, es decir, en esa peste incontrolable que debe ser aislada y excluida de la sociedad por no seguir los hábitos o patrones de comportamiento esperados (Diez, 2014).

Por otro lado, el actual proceso de domesticación de animales de compañía, ayudantes para disminuir las enfermedades, cuidadores de personas videntes e incluso considerados

miembros de la familia (Vertesh, 2012), ha llevado a que otros autores como Salcedo (2002), señalen que se ha creado una *mimetización* entre humanos y perros, es decir, que los perros, al tener una relación cercana con las personas, empiezan a tomar características de sus dueños, lo cual se percibe en el estudio que ella realiza en la relación entre los perros callejeros y habitantes de calle, pues los perros, más allá de ser acompañantes, al estar con los habitantes de calle empiezan a tomar características similares de ellos como: tomar como punto de encuentro la basura, realizar acciones de escarbado en ella, dormir en el asfalto y compartir los alimentos que encuentran.

Por consiguiente, esta avanzada relación que existe entre perros y seres humanos lo que realmente evidencia es cómo esa división dicotómica entre cultura, relacionada con los seres humanos, y naturaleza, relacionada con los no humanos, se empieza a difuminar, pues ahora es más complejo decir que algo es totalmente humano o no humano, ya que, con la *mimetización*, el perro empieza a asemejarse al ser humano y el humano acepta esto cuando lo convierte en un miembro de la familia (Ulloa, 2002). Sin embargo, son estos estudios de la relación entre humanos y perros que provienen principalmente desde una perspectiva eurocéntrica que se ponen en tela de juicio con base en el trabajo etnográfico en la galería el Porvenir.

Así mismo, a raíz de los resultados que encontré en la galería el Porvenir, pude evidenciar que la *mimetización* descrita por Salcedo (2002) entre los perros callejeros y los habitantes de calle, en donde los perros comenzaron a adquirir características de escarbado y dormir en el asfalto como los habitantes de calle, también sucede con otros seres humanos en espacios populares de Cali.

Clasificación de los no humanos por los humanos y sus implicaciones para las relaciones entre los humanos y los no humanos

Por otro lado, luego de entender qué es la etnografía multiespecie y cómo esta es de gran importancia para entender la relación entre seres humanos y perros, se pasará a señalar sus características. La primera es la capacidad de permitir comprender las distintas formas en que los humanos clasifican a los no humanos, tal y como se puede percibir en la etnografía de Ghandi (2012), en la que los monos, luego de haber tenido un proceso de transformación histórica con las personas en las que pasaron de ser considerados como Hanuman, el Dios de los monos, a seres indeseables, fueron clasificados de la siguiente forma: en monos salvajes, aquellos que viven por fuera de la ciudad de Delhi, monos de zoológico, los que viven en medio de la civilización y monos de circo, los cuales fueron domesticados para realizar estas labores.

A su vez, esta misma clasificación que plantea Ghandi (2012), se puede enlazar con el proceso de transformación histórica de la relación entre seres humanos y perros, pues al final los perros fueron clasificados en perros de *raza* y *criollos*. En donde el primero hace referencia a aquellos animales dignos de tener dueño, que se encuentran dentro del canon de belleza y que han vivido un proceso de domesticación, mientras que los segundos son seres productos de varias mezclas de perros que por no tener unas características determinadas en algunos casos tienden a ser rechazados y convertidos en perros callejeros.

Sin embargo, es necesario señalar que según los biólogos no existe como tal una taxonomía que defina qué perros son de *raza* y que otros no, pues realmente el concepto de *raza* es dado

por las mismas personas que por tener una característica especial, un color de ojos específicos, un pelaje determinado y una fisionomía ligada a estos ideales han decidido nombrar a ciertos perros bajo esta categoría. Dejando así, relegados a los perros *criollos*, producto de varias mezclas entre distintos perros, a categorías de enfermedad, peste, comportamiento agresivo, sin hogar humano y asemejado con el proletariado, por su deseo de libertad y salir de la pobreza (Eraso, 2018).

Así mismo, Salcedo (2002) plantea que estos perros callejeros o criollos han sufrido otro proceso de clasificación por parte de los seres humanos, quedando así las siguientes categorías: perros “guerreros”, aquellos que viven solos en las calles, los perros de parqueadero que son los que deben vigilar el lugar donde los tienen y que se pasan de una acera a otra por comida y los perros de la tienda que prácticamente no se mueven del espacio que le han dispuesto. En este sentido, los aportes que plantean estas dos autoras, los apliqué en el trabajo de investigativo de seres humanos y perros callejeros, con el fin de comprender si lo que señala Eraso de la división de raza y criollo en barrios de clase de alta de Cali también se presenta en los espacios populares, como es la galería el Porvenir, o no, y también, si aquella clasificación de perros callejeros señalada por Salcedo en espacios de Bogotá es la misma que se presenta en espacios populares de Cali o si esta es distinta, o si como tal, no existe una división entre los perros callejeros.

Comunicación entre seres humanos y animales y entre estos últimos

Por otro lado, la segunda característica que tiene esta etnografía es que permite comprender no sólo cómo se puede crear una comunicación entre los humanos con los no humanos, sino

que también entre los mismos no humanos, pues observando el caso de Erickson (2017), se puede percibir cómo en el santuario de elefantes que existe en Camboya, se vuelve a crear una comunicación entre los elefantes por medio de enseñarles a usar nuevamente sus trompas, a que emitan chillidos y a que nuevamente se bañen solos. A su vez, al educar a las personas sobre la agencia de los elefantes, y que por lo tanto, no se les debe montar, se genera una nueva forma de relación en la que se busca eliminar el especismo y el antropocentrismo, es decir esa discriminación y explotación que tienen los humanos hacia los no humanos (Sánchez, 2018) para generar una relación basada en el ideal de *convivir con* (Haraway, 2008) el animal, es decir una relación en la que se comprende que el animal no es una mercancía que sólo es buena para comer y/o para pensar, sino que es un ser vivo con el que se puede convivir. Lo cual es de gran importancia para el trabajo de investigación, pues los perros al igual que los elefantes se comunican en conjunto para poder pedir alimento en determinado lugar, como sucede en la galería el Porvenir, y la etnografía multiespecie me permite evidenciar esto. También, con base a esta metodología pude evidenciar cómo la relación ya no era enmarcada por observar a los perros callejeros como esa peste o esos seres desagradables, sino que la relación estaba enmarcada por un pensamiento de aprender a convivir con ellos.

Parentesco y mimetismo

Finalmente, la etnografía multiespecie nos permite repensar las categorías tradicionales que ya han sido creadas, como la del parentesco, que en un principio, a mediados del siglo XX, fue usada para tratar temas de linaje y organización social, debido a que en sociedades con ausencia del estado, la categoría era usada para comprender el funcionamiento de las sociedades de pequeñas escalas. Observándose así, que las sociedades no estatales se basaban

en el parentesco para poder constituir las estructuras políticas y la continuidad de las sociedades, puesto que gracias al estudio del parentesco se dieron cuenta que eran las personas adultas las encargadas de definir quién de la familia, basado en la consanguinidad, era la persona que se iba a encargar del orden político, las organizaciones en las oficinas que tuvieran, entre otras cosas (Carsten, 2004).

Sin embargo, en sociedades occidentales, el estudio del parentesco no resultó de gran importancia, puesto que en estas poblaciones el parentesco netamente estaba ligado al ámbito de “lo doméstico”, es decir al mundo íntimo de la familia, y no, como en las sociedades no occidentales que el parentesco estaba ligado al tema político, religioso y de la vida económica de la familia (Carsten,2004). En este sentido, posteriormente aparecieron nuevas investigaciones relacionadas con el tema del parentesco, como la de Carsten (2004), en la que revela cómo este término no está netamente ligado con la consanguinidad, ya que en las sociedades judías, sujetos de su investigación, encuentran que a pesar de que varias mujeres fueron inseminadas con el esperma de un hombre, los hijos de ellas, no eran considerados como hermanos.

Por consiguiente, lo anterior trajo consigo que se empezara a comprender que “las relaciones de parentesco, no se entretajan desde rasgos biológicos, sino que estas adquieren sentido desde las dinámicas, los vínculos e interpretaciones sociales” (Eraso, 2018, p.5). Es decir, que se podía establecer relaciones de parentesco con seres que directamente no tuvieran el mismo grado de consanguinidad, ni los mismos rasgos biológicos, sino que el hecho de que la relación entre el ser humano y el no humano fuera más estrecha y hubiera un vínculo más cercano entre estos dos seres permitía empezar a pensarlos como parientes.

En este sentido, esta discusión abrió la posibilidad de que se pensarán relaciones de parentesco entre seres humanos y no humanos, puesto que en ambos se establecen relaciones en las que se entretrejen interacciones, vínculos y afectividades. Así, se puede percibir cómo a raíz de la inserción de los no humanos en la categoría del parentesco, el término de “animales de compañía” (Haraway, 2008), ligado a la antigua relación que existía entre los no humanos y los humanos empiezan a quedar relegada, puesto que ahora se está refiriendo a ver al no humano ya no como un animal de compañía, sino como un pariente. Un claro ejemplo de esto es la investigación de Govindrajan (2015) en el Himalaya, en donde posteriormente de una serie de derrumbes, muertes y desastres en el 2013, las personas comenzaron a señalar que los dioses se encontraban furiosos con ellos y es por tal motivo, que estaban cobrando los sacrificios que las personas no les habían dado, por medio de matar a las personas y dejarlas en los ríos. Durante la investigación, Govindrajan se entera de que con la llegada de la ola animalista en el Himalaya, las personas habían dejado los sacrificios humanos y habían pasado a sacrificar a los animales, específicamente a las cabras, puesto que estos seres tienen una fuerte relación con los dioses. Por consiguiente, es en este momento, en que se da cuenta que existe un parentesco con estos animales, pues el hecho de que los sacrificaban significa que estos animales eran un sustitutos de los seres humanos.

Por lo tanto, el hecho de que las cabras fueran asemejadas a los seres humanos, llevó al investigador a comprender la relación entre las personas y estos animales, encontrándose así, que sus interacciones estaban basadas bajo el *mamta*, es decir, el amor maternal. Puesto que las cabras eran cuidadas, queridas y entendidas como seres humanos, ya que sus cuidadores antes de sacrificarlas, les colocaban una mezcla de agua con arroz y si estas no se sacudían,

se consideraba que el animal no estaba en condiciones aptas para ser sacrificado porque todavía no había sido aceptado por los dioses (GOVINDRAJAN, 2015).

Esto llevo a que la inclusión de los no humanos en la categoría del parentesco dé paso a que se repiense el término de familia, pues en la actualidad existen familias conyugales, en las que se encuentra el padre, la madre y los hijos (as), y familias conformadas por una sola persona. Denominadas bajo esta categoría debido a que “la preponderancia del afecto es lo que define a la familia” (Disconzi, Jardim, & Silveira, 2017, pág. 14), ya que es a raíz de este que se pueden modificar las dinámicas y significados que tienen los miembros que la integran. En este sentido, reconociendo que el afecto es el elemento que une a las familias, la categoría familia se repensó en búsqueda de introducir los no humanos con los que las personas se relacionan, pues estos seres al ingresar a un ambiente familiar producen relaciones de afectividad entre todos los miembros. Por consiguiente, a raíz de las interacciones entre humanos y no humanos y las relaciones de afecto que se generan en estas, se ha decidido crear una nueva categoría denominada “familia multiespecie” (Disconzi, Jardim, & Silveira, 2017, pág. 15).

En este sentido, *la familia multiespecie* es definida como aquella familia que se basa en las interacciones entre humanos y no humanos, en la que el no humano es concebido como un agente externo, un miembro que todavía no se considera parte de la familia, pero, con el pasar del tiempo, el no humano se convierte en un componente del sistema familiar, hasta el punto en que este miembro cambia las dinámicas de la familia, los significados y las relaciones que tienen. Un claro ejemplo en el que se percibe esto, es en la investigación de Restrepo, Carmona & Zapata (2018) en Antioquia, en donde encontraron que posteriormente de que el

no humano entrara en la familia las personas se comenzaron a comportar de una forma distinta, pues empezaban a ser más responsables debido a que ya debían de tener en cuenta la hora y la salida de la mascota para hacer sus necesidades.

Capítulo 3: La vida secreta de los perros de la galería El Porvenir

Eran las 6:20 de la mañana, los carros comenzaban a llegar para parquearse uno al lado del otro mientras un hombre conocido como el *Arrepentido*, por su afición al América, les comenzaba a decir: “marica mueva el carro de allí no ve que por ahí entra el ganado. Necesitamos el espacio porque a las 6:30 llegan los marranos o diga a ver si no se demora”. Mientras sus gritos me aturdían mis oídos, una gran cantidad de carros comenzaban a ubicarse en una zona cuadrada al frente de la galería. El espacio lentamente se llenó y los fuertes pitidos emanados por los carros fueron cada vez más prominentes, pues los conductores deseaban desaforadamente conseguir un lugar en donde ubicarse para poder ser los primeros en conseguir la mejor fruta, el mejor producto.

Los ruidos cada vez se volvían más insoportables. El panorama de tranquilidad que se percibía hace un par de horas había cambiado. Ahora se veía una gran cantidad de carros parqueándose en los alrededores. Ya no soportaba los pitidos y entonces tomé la decisión de subir los 5 peldaños de cemento de la galería, pasé por aquella puerta verde y entré. El escenario era totalmente distinto, el ruido ya no era emanado por los conductores que deseaban encontrar un puesto, sino que ahora, era generado por las personas quienes empezaban a dejar caer la verdura y la fruta en búsqueda de elegir la mejor de todas. Un hombre de tez negra comenzaba a gritar “lleve su papa, su yuca a muy bajo precio. Aproveche que esto es una oferta. La semana pasada estaba muy cara, ahora ha bajado”, y mientras esto

sucedía los compradores agarraban 1,2 e incluso 5 bolsas para que le pesaran sus productos. Todo parecía un caos.



En estas fotografías, tomadas por mi propia autoría, se pueden observar los espacios menos transitados por los perros callejeros y algunos vendedores de frutas acomodando sus productos antes de que lleguen los compradores.

La galería el Porvenir, ubicada al nororiente de Cali, es un reconocido espacio que según familiares cercanos se caracterizaba por tener una alta presencia de perros callejeros deambulando por sus alrededores, pues según las historias que me relataban, en las galerías las personas eran muy unidas y siempre compartían sus comidas a los animales. Con ese dato decidí emprender mi visita en búsqueda de comprender lo que sucedía en este lugar. Al entrar por la puerta principal, ubicada por la calle 32, me topé con un escenario conformado por diferentes puestos de verduras y de frutas. A ambos lados que giraba mi cabeza podía observar personas de diferentes rasgos físicos invitando a los compradores a acercarse, exhibiéndoles sus verduras y comentándoles que estas habían bajado de precio por esa semana. El primer puesto que me encontré a simple vista era el de don “Chucho”, un hombre

afrodescendiente que cargaba un chaleco verde y que se convirtió en mi primer informante, al ser amigo de mi padre.

Seguí avanzando, quería recorrer cada espacio, cada rincón de la galería. Las personas se mostraban muy amables al acercarme a mirar los puestos. Sus caras de intriga me mostraban que querían saber por qué observaba y escribía en mi libreta. Trataba de describir absolutamente todo: los aromas, los vendedores, los compradores. El olor a fruta fresca mezclado con un incipiente aroma a podrido que se percibía al entrar, pues al lado izquierdo de donde me encontraba, de un fétido tarro de basura brotaban pedazos de verdura dañados y restos de comida de los vendedores.

Caminé, la galería no parecía ser tan grande, o bueno eso pensaba. Todos los puestos de verduras y frutas eran prácticamente iguales. Era muy extraño que alguno de los vendedores tuviera una fruta o una verdura diferente a la de los (las) demás. Todos (as) ubicados (as) en unas mesas, algunas de cemento, otras de madera compartidas o usadas por sola una persona, con un gancho o sin él, en el que dejaban las bolsas plásticas de color azul, roja utilizadas por los compradores para llevarse el producto. Un delicioso aroma me trasladó a otro sitio, al final del recorrido, pasando a mi mano izquierda por la oficina de la administración del lugar, se encontraba las zonas de restaurante, conformada por diferentes mesas de cementos, puestas unas al lado de otra para que sujetos que no se conocieran pudieran compartirlas.

Al frente, se encontraban los conocidos “peladores de papa”, la de “las yerbitas”, “los de las hortalizas”, “la señora del café”. Laboraban todos juntos, uno al lado de otros, en pequeños espacios que medían alrededor de un metro y medio aproximadamente. Seguí caminando, la inminente cola negra de un perro que pasaba por la zona de los restaurantes me dirigía hacía los(as) carniceros(as). Este espacio similar al de los vendedores de fruta, poseía a ambos

lados diferentes puestos con vitrinas, en los que se exhibía diferentes cortes de la vaca, el cerdo y el pollo. El olor me recordaba el fétido aroma del comienzo de la galería. Era un aroma a sangre concentrada y pedazos de carne a punto de descomponerse. Me senté y decidí observar aquel perro, rápidamente uno de los carniceros se sentó y se presentó como “Gustavo”, un hombre de aproximadamente 50 años, que llevaba trabajando desde hace 40 años en la galería y quien se convertiría en mi segundo informante clave.

Relaciones interespecie en los espacios menos frecuentes

Luego de aquella primera visita en la que pude percibir que existían unas zonas exclusivas en las que transcurrían los perros y otras no, decidí volver a la galería en búsqueda de comprender si aquella falta de presencia de perros callejeros en determinadas zonas realmente se percibía en los otros días de la semana o si solamente había sido aquella vez. Además, esto me incitaba a pensar que se podía entretejer relaciones diferentes en las zonas más transcurridas, que en las que los perros no usaban.

Así, que regresé a la galería. Era miércoles, a las 10 de la mañana. La zona de verduras se encontraba muy distinta a la anterior vez que había ido. Ya no se percibían compradores desafortadamente buscando la mejor fruta, ni mucho menos se escuchaban los fuertes pitidos de los carros sonando. Estaba todo muy tranquilo, los 16 vendedores se encontraban haciendo diversas actividades, unos estaban chateando, otros charlando e incluso unos estaban comiendo su propia mercancía. Aquellos pequeños locales de artesanías, en los que se vendían artículos hechos a base de madera tales como: cucharas, tablas para cortar, tenedores, entre otros, ya comenzaban a abrir. E incluso, los dos locales de fritanga estaban colocando los asientos de madera al lado de los mesones de cemento. Sentado en uno de estos banquitos,

se encontraba un hombre de aproximadamente 50 años, que gentilmente me sorprendió y se presentó como “el Ojiverde”.

Este hombre que se convirtió en uno de mis entrevistados, me comentó que llevaba en la galería desde que tenía 13 años y que durante ese tiempo pudo observar una transformación en la cantidad de perros que se presentaban, pues según él “anteriormente llegaban 12 o 13 perros. Una manada que ponía sus patitas y se robaban las carnes”. Lo que representaba un problema para los vendedores de carne de la galería, porque empezaban a perder ganancias y a causa de esto, perseguían a los perros, los acorralaban hasta un sitio y les pegaban hasta que de sus cuerpos salieran sangre. Esto me llevó a pensar acerca de qué tipo de relación existía antes entre los vendedores de la galería el Porvenir y los perros callejeros, pues el hecho de que estos perros atacaran en manada en búsqueda de sobrevivir, ni siquiera los catalogaba como perros *criollos*, sino *perros ferales* (Tarazona, 2016), lo cual representaba un problema para los vendedores, porque se les estaban consumiendo sus ganancias. Por consiguiente, esto me daba pistas para pensar que hace 10 años en la galería el Porvenir, la relación que existía entre perros callejeros y los mismos trabajadores de este lugar podría estar determinada por considerarlos como plagas, como seres indeseables (Erazo, 2017) que deberían de ser exterminados al causar daños a los vendedores.

En consecuencia de lo anterior, en búsqueda de conocer la relación que se entretecía entre los perros callejeros y las personas del lugar decidí realizar otra entrevista, esta vez a un hombre mucho mayor que llevaba ya 12 años en la galería y que era apodado como el “perro”, denominado de esta forma por sus múltiples aventuras amorosas. Sus respuestas eran frías y con cierto desprecio hacia los perros callejeros, me comentaba frases como: “esos bichos, esos ya no están. Antes sí que había mucho bichos, ellos llegaban y corrían con pedazos de

carne”. Terminada la entrevista, me dijo: “vea, ahora no hay perros por las barriadas, porque eso llegaba un camión y se llevaba entre 15 perros y los desaparecían. Fijo es para venderlos como salchichón”.

Definitivamente, la relación que anteriormente existía estaba enmarcada por mirar al perro callejero como “una peste” (Diez, 2014), como ese ser indeseable que las personas no quieren al no pertenecer a un canon de belleza, pues literalmente sentían satisfacción de que la gran cantidad de perros callejeros que anteriormente se presentaban había disminuido a 2 o 3 que transcurrían por la galería. Sin embargo, quería saber si aquella relación con el pasar del tiempo y la disminución de los perros callejeros había cambiado o seguía siendo la misma.

Así que decidí recorrer puesto por puesto preguntándole a los distintos vendedores de fruta y de verdura acerca de los perros que pasaban por la galería, averiguando sobre las distintas problemáticas que existían antes con estos animales e indagando acerca de los diferentes pensamientos que tendrían sobre los perros. Pero, algo curioso sucedió y fue que posteriormente de entrevistarme con cada uno (a) de los (as) vendedores (as), todos (as) me afirmaban que no sabían nada de los perros callejeros, que antes si era común ver varios, pero que de un momento a otro el número de perros habían disminuido, pero no sabían la razón de esto, e incluso, unos desconocían de la anterior problemática que se vivió con los perros, pues eran vendedores que habían llegado a la galería hace apenas 7 o 6 años, cuando la cantidad de perros ya había reducido a 5 o menos.

Así mismo, a pesar de llevar algunos unos días, otros meses e incluso unos cuantos algunos años, todos (as) parecían estar de acuerdo con que la relación que se entretrejía entre ellos (ellas) y los perros callejeros ya no estaba enmarcada por mirarlos como una peste,

como aquellos seres indeseables que debían de ser exterminados por causarles perjudicaciones a los carniceros, sino basada por mirarlos como seres que ya se encontraban ahí, que no generaban ningún disgusto al no molestarlos (as).

En este sentido, pude percibir cómo la relación entre los perros callejeros y los seres humanos era distinta temporalmente, pues lo que observaba era que los perros pasaron de ser visto como una peste, a pasar a ser observados como animales que ya se encontraban en la galería, que pasaban por ahí en búsqueda de sobrevivir, hasta que finalmente fueron socialmente aceptados. Así, a pesar de que en la zona de verduras y frutas no se había creado un vínculo entre los perros y los vendedores de este lugar, los trabajadores sí contribuían cuando la administradora del lugar hacía rifas para poder recolectar dinero en búsqueda de pagar las vacunas y las operaciones de los perros que se quedaban en el lugar, pues como me mencionaba Chucho, el amigo de mi papá, “aquí todos somos bastantes unidos, es que como dicen las personas, en la galería todos somos una familia”.

Sin embargo, no podía señalar que en las zonas pocos transitadas por los perros existía una relación marcada por mirarlos como animales que no representaban mayor relevancia, sin entrevistar las otras tres zonas conjuntas a estas. Así que decidí volver por 4 días y recorrer primero el conocido espacio de “los tamales”, un pequeño espacio de la galería conformado por una mesa plástica blanca, un mantel de flores y tres asientos que ponen dos mujeres para que las personas que quieran, consuman el tamal o la lechona ahí como desayuno o almuerzo. Estas amables mujeres se ríen constantemente, interactúan con los clientes y comienzan con un cucharón de plástico a espantar a aquellos perros que llegan por el dulce aroma a comida. Al verlas me sorprendió esa actitud y decidí preguntarles acerca de los perros callejeros, tal

vez para ellas los perros podrían significar una molestia, puesto que la mesa plástica era realmente pequeña y los perros fácilmente podrían acercar su hocico a oler la lechona, tapada por un trapo rosado, o los tamales, que destapan de las grandes ollas que colocaban en el suelo.

Por lo tanto, decidí entrevistarlas. Me acerqué, me senté en los asientos de plástico que tenían para los clientes, saqué mi cuaderno y les comenté que estaba haciendo una investigación sobre los perros. Ellas hicieron movimientos con sus bocas y me confesaron que no podían hablar de los perros en la galería porque exclusivamente venían los sábados y domingos a vender. Empezaron a hablar muy calladamente entre ellas y me dijeron “vea gorda, no hemos visto perros callejeros, pero sí hemos visto que las personas traen a sus perros. Eso desde que llevamos 2 años aquí hemos observado que los dueños sueltan a los perros en búsqueda de comida, pero sabe quién sabe bien, el Mono de al lado. Ese lleva 15 años acá por lo que sabemos, vaya y le pregunta. Ese sabe de todo, o si no vaya y le pregunta al de los queso, me dicen que les cocina pollo y carne a los perros”.

Después de entrevistarlas pude comprender que realmente para ellas los perros no significaban un problema, puesto que de vez en cuando se veían perros pasando por donde estaban ellas y los que se sentaban a olisquear, fácilmente los podían espantar con el cucharón y no volvían a molestar. Decidí seguir su consejo y me senté a hablar con el “Mono”. Un hombre de aproximadamente 80 años, quien con sus ojos azules y su música de Julio Jaramillo me cautivó. Me ubiqué en aquel asiento de madera que tenía para los clientes y comencé a observar los distintos discos que tenía mientras él con sus canas blancas y sus manos llenas de manchas cafés comenzaba a decir: “amar es imposible, sacarte de mi memoria...”. Sonreí al escuchar esa canción y lo acompañé en su melodía.

En ese momento le bajó el sonido a la radio y me preguntó qué hacía ahí, que si necesitaba algo. Le conté que estaba haciendo una investigación y que deseaba hacerle unas preguntas acerca de los perros callejeros. Él recordó unos segundos y me empezó a contar que antes se veía una manada de perros, 15 perros recorriendo la galería en búsqueda de un pedazo de carne o de pollo, corriendo de un lado a otro y jugando entre ellos, pero después de cinco años, la cantidad de perros había disminuido. Ahora simplemente se encuentran 3 o 4 perros que transcurren por la galería, comen y se van. Perros que provienen principalmente de las zonas del ferrocarril o de los talleres cercanos. Así mismo, me explicaba que no sabía a qué se debía este fenómeno, pero ya no se veían los mismos perros que antes.

Seguí avanzando y ya me encontraba en los conocidos “espacios de los embrujos”, en donde te venden las “yerbitas” para hacer amarres, para quitarte las malas energías, entre otras cosas. Estos puestos fácilmente se pueden reconocer, pues el olor a incienso y a hierbas quemadas inmediatamente penetra en tu nariz cuando pasas por su lado. Al igual que sucede en otras galerías, una mujer con cabello blanco y un delantal se encuentra sentada en un banco de madera al lado del puesto mientras percibe cómo los compradores pasan con distintas bolsas en sus manos. Su puesto está lleno de botellas de color azul que tienen palabras como “sígueme”, “para atraer”, “para el amor”, “para casarse” y junto a estas, una variedad de hierbas que según lo que he podido escuchar, es que algunas son buenas para el cuerpo, otras para cuando a uno le han hecho un “maleficio”, entre otras cosas.

Decidí acercarme a hablar con ella, pero pareciera que en los espacios pocos transcurridos por los perros callejeros no hubiera una interacción con ellos (as), puesto que únicamente a la pregunta sobre si ha visto presencia de los perros callejeros en esta zona y sobre cuál es la relación con ellos (as), las personas responden como respuesta unánime que sólo han visto

transcurrir uno que otro perro, pero que es muy extraño que un perro se quede en esta zona, pues usualmente si lo hacen es para comerse un pedazo de hueso. En realidad, según ellos (as) es más usual verlos en las ventas de carne.

Al frente de este puesto, están los que venden las hortalizas, un stand lleno de plantas como la albahaca, el cimarrón, entre otras. Todas puestas de tal manera para que a la hora de que llegue un cliente, sólo sea cogerlas, meterlas en una de las bolsas de plástico que tienen colgadas en un gancho y pesarlas en una báscula que han puesto encima del mesón. A su lado, se encuentran los conocidos “peladores de papas”. Un grupo de aproximadamente 7 jóvenes que están sentados en frente de un mesón, con sus cuerpos puestos en diferentes banquitos de madera, realizando la acción de pelar las pequeñas papas amarillas que son desechadas por los vendedores de fruta por tener mal formaciones o pequeñas partes dañadas. Las cuales posteriormente de ser peladas son vendidas a los restaurantes a un menor precio.

Al lado de estos dos puestos que ya mencioné se encuentra una pequeña caseta en la que venden café. Avanzando un poco más, casi que llegando al final de la galería, en donde se encuentra la otra entrada de la galería, ubicada al frente del supermercado Olímpica, se ubican los últimos vendedores de fruta y dos puestos totalmente diferentes. El primero, es el de venta de tortillas, en el que se ubica una señora a vender diferentes tipos de tortillas para distintos usos y el segundo, es el espacio de los tamales conformado por una mujer que se sienta en una de las mesas de cemento a venderlos. Esta persona llega, deja en aquella mesa la olla de tamales, la destapa y de inmediato, el aroma empieza a brotar por los aires.

En todos estos puestos, si bien podría pensarse que tienen motivos para rechazar a los perros, puesto que tienen comida como los peladores de papa, las señoras de los tamales y la de las tortillas, realmente no tienen conocimiento sobre los perros callejeros, no saben cuántos

podrían haber, ni relatan historias pasadas sobre la cantidad de perros que había anteriormente, pues pareciera que sólo las personas adultas recuerdan cuando llegaban 12 o 13 perros a la galería. Ahora que han quedado los hijos de los anteriores vendedores, es como si se contara una nueva historia, como si se entretijera una nueva relación. Una relación que ya no está basada por la exclusión y discriminación (Sánchez, 2018) hacía estos animales, sino por una indiferencia como es en los casos en los que existe poco tránsito de estos animales.

La relación interespecie en los espacios más transitorios

Posteriormente de haber comprendido que la relación que se entreteje en las zonas menos transcurridas, en su mayoría, está enmarcada por una indiferencia hacia los animales y que existen pocas personas que realmente han creado una relación un poco más estrecha con los perros callejeros, como el “Oji verde”, quien durante la entrevista, me comentaba que había dado en adopción a un pastor alemán ciego que había recogido en la calle, y la historia de don “Chucho”, quien la última vez luego de estar contando monedas, porque “la devuelta aquí es lo más valioso”, me comentó que a pesar de no tener mascotas porque requieren muchos gastos, de vez en cuando le tira un pedazo de hueso a los perros y siempre ayuda en las campañas de esterilización que realiza la administradora del lugar. Así, que en búsqueda de reconocer qué sucedía en las otras zonas, decidí emprender un recorrido, durante 10 días, en las zonas más transitadas de la galería.

Era las 9 a.m. de un miércoles, la galería se encontraba totalmente tranquila, había muy pocas personas comprando. Todo se encontraba muy desértico. Un comportamiento regular para los días que resultaban no ser quincena o fines de semana. Entré, pasé por aquella jaula

metálica en la que depositaban los costales y las canastillas ya utilizadas. Observé cómo los vendedores empezaban a contar el dinero que tenían en su cangurera, mientras unos cuantos compradores seguían transcurriendo la galería. En medio de dos puestos de verduras, se encontraba un estrecho camino de cemento. Lo crucé y llegué al conocido puesto de “las carnes”.

Subí el escalón de cerámica y el fuerte olor a sangre concentrada comenzó a entrar por mis fosas nasales. De inmediato me topé con dos puestos, en ambos, había gallinas colgadas con ganchos y parte de animales colocadas encima de las vitrinas para exhibición. Al fondo, dos hombres se encontraban cortando la cabeza de una vaca. En el mostrador había de todo: menudo, pata de gallinas, costillas, retazos de pollo, hígado, mollejas, lenguas, ojos. Todo lo que en un supermercado no encontraría. Hay sangre en el piso, se encuentra regada por todos los lados. Los carniceros intentan limpiarse sus delantales blancos, pero estos también están invadidos del mismo líquido que hay en el suelo. Cerca de estos dos primeros puestos, hay una puerta. Se ha abierto. En ella alcanzo a ver animales colgados con ganchos, mientras que en un tarro hay retazos de otros animales. La mesa metálica está repleta de sangre, al igual que el sifón del piso. El hombre ha cerrado la puerta y se ha marchado con sus botas al camión.

Por lo que he podido percibir casi todos los puestos de carnicería poseen una vitrina, grande, pequeña, mediana, larga o ancha, no importa el tamaño, pero la tienen. Menos uno. Este puesto es algo peculiar, sólo cuenta con una mesa de madera y unos ganchos en los que cuelgan diferentes tipos de carne. Sus dueños parecieran que tuvieran buena clientela, no han

parado de cortar carne y mientras uno de ellos está tasajeándola, el otro ha decidido tirarle unos pedazos a una perrita que ha decidido sentarse a esperar.



Fotografías de mí propia autoría, en las que se observa que la mayoría de los puestos tienen vitrinas, excepto en el de don Gustavo. A su vez, las carnes son colocadas en las mesas sin ninguna protección, lo que facilita tirarles las carnes a los perros.

Don Gustavo, como le gusta que lo conozcan, es la persona que le ha tirado carne a aquella perrita. Es un hombre de alrededor de 50 años que estudió psicología pero que por motivos personales tuvo que abandonarla. Ahora cuenta con una carnicería propia. Su puesto es el único que no posee una vitrina para colocar las carnes, ya que todavía no ha conseguido el dinero para comprarla. Lleva ya aproximadamente 15 años en la galería y durante ese tiempo se ha percatado que la cantidad de perros ha disminuido, pues en sus palabras, “eso llegó una peste y los mató a todos. Ya sólo hay unos cuantos que vienen y se van, pero no son fijos de la galería” ¿Perros fijos? ¿A qué se podría referir con eso? Decidí no quedarme con la intriga y le pregunté. Él inmediatamente se colocó las manos en la cumbamba y movió sus ojos hacia arriba como si estuviera tratando de recordar lo que pasó. Suspiró, aguantó la respiración por

varios minutos y me dijo que anteriormente había una gran manada de perros, pero luego empezaron a llegar menos y a esos que quedaron, les comenzaron a dar afecto. Hacían una rifa o una vaca para pagarle las esterilizaciones a las perritas o comprarles un medicamento cuando fuera necesario. Sin embargo, cada uno de estos comenzó a tener una trágica muerte, algunos fueron atropellados por grúas, otros asesinados con venenos, otros se habían extraviado por la pólvora y unos pocos, habían tenido un agradable final, al ser dados en adopción.

Estos perros, como don Gustavo me lo relataba, no se me asemejaban a perros callejeros abandonados, puesto que la administradora los fines de semana bañaba a algunos y les dejaban de comer en la esquina, pero tampoco eran *perros domésticos*, ya que no se quedaban con ellos, era más como una especie de *perros colectivos*; perros que no tenían un dueño en específico, sino que todos eran de cierta forma sus dueños, todos recogían dinero para comprar lo que los animales requerían.

Así mismo, el hecho de que los vendedores contribuyeran en las vacunas y las cirugías que se le hacían a los perros callejeros, me puso a pensar acerca del término de familia, pues según Disconzi, Jardim y Silveira (2017), aquel factor que determina la conformación de una familia es el *afecto* y como en la galería el Porvenir, las personas son muy unidas y “lo que le pasa a uno, le pasa a todos”, entonces se podría inferir que los miembros de la galería conforman una especie de familia, en la que la mayoría ayuda para las esterilizaciones, las castraciones y las vacunas de los perros.

Sin embargo, no se trata de una familia común y corriente, sino de una “familia multiespecie” (Disconzi, Jardim & Silveira, 2017), pues al igual que sucedió en la investigación de Restrepo, Carmona y Zapata (2018) en Antioquia, los perros callejeros al comienzo se consideraron como un agente externo, como un animal que estaba provocando afectaciones a algunos miembros, porque ellos robaban pedazos de carne a algunos carniceros, pero con el paso del tiempo, estos perros callejeros comenzaron a convertirse en miembros de la familia, pues proporcionaban afecto a los vendedores hasta llegar al punto en que estos agentes internos comenzaron a cambiar las dinámicas y las representaciones que las personas tenían sobre ellos, debido a que, fomentaron que los vendedores de la galería comenzaran a hacer rifas en pro de ayudar a los animales, decidieran realizar las celebraciones en los cumpleaños de los perros y cambiaran las representaciones de perro callejero, como aquel ser que debe ser detestado a causa de los múltiples robos de carne que habían ocasionado hace 10 años.

En este sentido, lo que me estaba revelando lo relatado por el carnicero, era lo que había sucedido en la investigación de Ghandi (2012), en el que los monos empezaron a tener un cambio en la relación entre ellos y los seres humanos, pasando de ser visto como animales que se asemejaban al dios Hanuman, posteriormente considerados como una peste hasta finalmente ser domesticados para labores de circo, puesto que en el caso de los perros de la galería, estos habían pasado de ser considerados como una peste que debía de ser erradicada a toda costa, a seres que proporcionaban alegría, felicidad y sobre todo, compañía, pues según Gustavo, “en los momentos en que me siento solo, ellos vienen, uno le tira un pedazo de carne y llegan. Se dejan acariciar, tocar. Son muy inteligentes, saben quiénes los quieren”.

No obstante, no podía señalar que la relación entre los perros callejeros y los vendedores de esta zona estaba enmarcada por el afecto, sin antes conocer cuáles eran las perspectivas que tenían los otros vendedores acerca de estos animales. Ya se me hacía tarde y decidí retomar la investigación otro día. Regresé un sábado, justamente ese día caía quincena. Había grandes cantidades de carros ubicándose en la entrada de la galería, las personas desafortadamente se bajaban de los carros y el *Gato con botas*, como era apodado, ayudaba a los carros a salir. Había decidido volver a la “carnicería”, pero al entrar observé cómo un perro de color blanco con negro salía pavoneándose de un lado a otro. Su cola empezaba a desaparecer 3 cuadras más allá de la galería. Decidí seguirlo, tal vez podría saber de dónde provenían estos animales, conocer un poco más acerca de su rutina diaria y comprender qué hacían cuando ya no se encontraban merodeando por la galería.

Caminé, el sol estaba en su máximo esplendor. Eran las 10 a.m, las personas estaban llegando a comprar en la galería. Seguí al perro, era de tamaño pequeño. Su cola ya se había desviado y ahora estaba en la esquina de una casa. A su lado, se encontraban dos perros que estaban peleando por un pedazo de hueso *pelado* que ya no tenía carne. Siguió caminando, los otros perros no percataron su presencia. El perro al que seguía paró y se acostó en la acera. Se quedó un buen tiempo ahí, parecía que ya hubiera venido de comer de la galería. Quería saber un poco más acerca de dónde provenían estos animales, no podía decir simplemente que merodeaban por la galería y se iban. Así, que dejé al perro en la acera y me fui caminando. Las calles, estaban prácticamente solas. A tres cuadras más allá de la galería, sólo se observaban borrachos en las tiendas, hombres reunidos al lado de un carro o una moto que estaban reparando y personas tirando comida a la calle para que los gatos se acerquen y

coman ahí, porque eso sí que hay gatos. Como me decía un amigo, “es que Cali es la ciudad de los gatos”.

Avancé, sentía temor porque no se veía casi personas rodando por esos lares. Había muy poca presencia de perros. Los pocos que se podían ver, estaban sentados o acostados en los talleres de mecánica. Ante la ausencia de un acompañante, decidí no preguntarles y más bien recorrí las otras calles. Caminé otra cuadra y ya me encontraba en la entrada al ferrocarril. Empecé a caminar, recorrí la parte frontal del ferrocarril, sólo podía percibir carros acomodados uno detrás del otro ante la espera de que saliera alguna persona de la terminal.

Decidí caminar un poco más, pero no se veía alguna presencia de un perro. Así que me devolví. Al regresar, el perro que había seguido se encontraba todavía en la acera durmiendo. Fui a los lados aledaños y observé cómo la cantidad de casas que se percibían a mano derecha de la galería, habían sido cambiadas por sitios de mecánica y parqueaderos para carros. En la acera, había llantas, retazos de comida tirada y unas cuantas botellas apiladas al lado de un poste de luz.

Definitivamente no había presencia de ningún perro divagando por esos lares, escasamente se podía observar dos perros, uno de ellos se encontraba acompañando a los que estaban arreglando la moto que estaba pinchada, y el otro, seguía durmiendo en la acera, bajo el fuerte calor que hacía en ese momento, mientras a su lado se encontraban un grupo de personas agitando de sus manos algo parecido como un papel negro que es utilizado para oscurecer las ventanas de los carros. En los dos días que decidí dedicar a describir la vida del perro callejero pude observar que sus prácticas resultaban ser algo predecibles. En la mañana, a eso de las 9 comenzaban a llegar, entraban por la puerta principal o por alguna de las otras entradas. Recorrían la galería, iniciando por la zona de los vendedores de fruta, pasando por la conocida

señora de los tamales y la lechona y llegando finalmente hasta la zona de las carnes, en donde Gustavo, desde muy temprano ya comenzaba a cortar los cebos, los hígados y los pedazos de lengua que se les iba a tirar. En este sentido, la motivación de darle a los perros callejeros diferentes tipos de carne reside en el cariño que tienen hacia los perros, el pesar que les da ver a perras embarazadas llegar con sus crías y, el afecto que sienten por estos animales que vigilan que nadie robe ninguna carne del puesto. De igual modo, esta acción de tirarle la carne a los perros callejeros, que principalmente hace don Gustavo y los “Viejos” del al frente, es aceptada socialmente por los otros carniceros, pues los otros (as) no muestran ni desagrado ni agrado a lo que ellos hacen.



Fotografías actuales, en las que se perciben a los perros entrando a muy tempranas horas de la galería por alguna de las entradas de la galería el Porvenir, con el objetivo de ubicarse en los espacios más transitados.

Sin embargo, no todos pasaban por la carnicería, había unos cuantos que entraban por la puerta lateral que los conducía inmediatamente a la zona de restaurantes. En este sitio se sentaban a esperar a que un hombre les diera de comer. Luego de haberse alimentado, salían, recorrían las afueras de la galería. Unos cuantos se ponían a jugar entre ellos, otros perseguían a la palomas que habían en la calle y unos pocos, se acostaban en el suelo, al lado de los puestos de arepa, de empanadas que siempre cuentan con buena clientela. Pasada unas horas, algunos todavía seguían ahí, otros ya se habían ido y se habían acostado en la acera o en los talleres de mecánica que siempre están abierto.

La acera se había convertido en un espacio en el que los animales duermen, había torcazas comiendo del cuchuco que le tira un viejo hombre desde su ventana, los gatos se encontraban alineados y los perros, estaban distribuidos en diferentes casas. Eran las 5 de la tarde, no habían hecho nada durante ese tiempo. Algunos cuantos seguían jugando, otros los había seguido para ver qué hacían y habían regresado a la galería para comer los retazos de comida que colocan las personas alrededor de esta, y unos cuantos tomaban el agua que los de las vulcanizadoras les daban. Su vida, se ha convertido en una especie de rutina de supervivencia, en la que van a la galería en búsqueda de algún alimento y regresan a las aceras a dormir y a pasar la desolada noche acompañados de otros perros que, al igual que ellos, tampoco cuentan con un lugar fijo para descansar.



Fotografía tomada a los perros que recorrían la galería el Porvenir, con el objetivo de mostrar su ruta de supervivencia.

Habían pasado varios días que no había regresado a la galería, así que decidí que era el momento de volver. Era un martes, a las 8 de la mañana. Estaba decidida a enfocarme únicamente en los carniceros. Así que entré, caminé por aquella pequeña entrada que conduce a la zona de las carnes y empecé a pasar puesto por puesto, ubicándome en las sillas de madera que tenían, preguntando sobre la presencia de los perros en esta zona. Comentarios como “esos perros son unos berracos. Llegan, nosotros les tiramos huesos y ellos se los mastican” surgieron. Cada uno de los carniceros con sus delantales sangrientados y sus cuchillos en sus manos me comentaban que era normal ver uno o dos perros sentados, esperando a que les tiraran un pedazo de hueso y luego iban y se lo masticaban, pero los perros no se ubicaban en todos los puestos, había una exclusividad en dos específicamente, el de Gustavo, mi informante clave, y el puesto de al frente, un señor de aproximadamente 50 años que siempre dejaba en la esquina huesos crudos y hígado.

Lo anterior, me revelaba que se había creado una comunicación (Erickson, 2017), entre dos carniceros específicamente y los perros callejeros, pues los perros callejeros se ubicaban todas las mañanas en estos puestos a esperar un pedazo de carne, ya que parecía como una especie de contrato en el que los carniceros se habían comprometido de darle casi todos los días un pedazo de sebo o de carne que tuvieran. Es que como decían unos, esos perros realmente comían muy bien. Lástima fue las distintas formas de muerte que tuvieron que sufrir. Algunos por una grúa, otros porque los envenenaban y así. Aunque tengo que aclarar que no tengo la explicación para la causa del envenenamiento, pues empecé a preguntar sobre si esto era cierto y había un desconocimiento total, algunos carniceros mencionaban que tal vez sí porque hay gente mala que los envenena, pero no decían quiénes específicamente podrían haberlo hecho.

No obstante, los días que estuve en esta zona fue totalmente una sorpresa para mí, realmente era muy extraño ver una gran cantidad de perros. Escasamente se veían 2 o 3 perros que llegaban, se sentaban a esperar su pedazo de carne y luego de recibirlo se iban. Algunos se dejaban tocar por algún carnicero, otros eran agresivos y se iban inmediatamente luego de que conseguían un hueso. Me volví a sentar al lado de Gustavo, tal vez podría darme más información sobre los perros callejeros. Su compañero de carnicería me preguntó que si deseaba tomar un vaso de café con pan, a lo cual respondí que no, puesto que todavía no les tenía la suficiente confianza a ellos para recibirles lo que me ofrecían. Seguimos en la conversación y aquella perrita que estaba sentada en medio de la zona de carnes se fue acercando hacía donde nosotros estábamos.

Rápidamente Gustavo se paró, cortó un pedazo de menudo y se lo tiró en el piso de cemento. Mientras hacía esto, me decía: “sabe no le he contado. Nosotros hemos tenido problemas por

el tema de salud pública. Lo que sucede es que este puesto realmente debería de ser más alto para evitar que los perros casi que huelan la carne, pues esto es antihigiénico”. Terminó de cortar los pedazos de menudo y pude observar que en su mano derecha había una inmensa cicatriz, parecía como una mordida de un perro. No me aguanté las ganas y decidí preguntar por ella de una forma sutil diciéndole ¿Disculpé señor Gustavo eso es una cicatriz? A lo cual él me respondió, “Ah, sí. Esto me lo hizo Junior, un perro que duró resto de tiempo en la galería. A ese perro lo amábamos tanto. Todas las personas lo querían, pero de un momento a otro ya no supimos nada más de él. Supongo que se murió de alguna forma”.

Ese día estaba supremamente cansada, así que decidí dejar la entrevista de don Gustavo hasta ahí. Todo lo que él me había comentado me hacía pensar que la forma en que se encuentran ubicados los puestos de carne facilita que exista un acercamiento con los perros, pues en el caso de don Gustavo, el hecho de que no tuviera una vitrina permitía que de la carne colgada que había en su puesto, pudiera cortar un retazo y dárselo a los perros. Un hecho que no sucede en el caso de los supermercados, pues al ser espacios cerrados que no permiten la entrada de perros callejeros y que se encuentran ubicados de tal forma que la carne está protegida por una vitrina que no permite que ni los mismos compradores puedan tocarla, genera una especie de barrera para que exista algún tipo de relación entre el carnicero y el perro que se encuentra merodeando.

Así mismo, luego de terminadas las entrevistas, pude comprender que el vínculo que existe entre las personas de las zonas más transitadas y los perros callejeros conlleva a la creación de una *familia multiespecie*, es decir, una familia en la que existen interacciones entre los perros callejeros y los seres humanos y, en la que el perro deja de ser un agente externo para convertirse en un miembro de la familia. A su vez, se señala la creación de esta familia en

los espacios más frecuentes, pues es en estas zonas en las que se puede ver cómo se crean procesos de comunicación entre los carniceros y los perros callejeros, ya que estos últimos se sientan a esperar, primordialmente, en dos puestos a que se les sea dado algún retazo de carne por parte de algún carnicero. Así mismo, el hecho de que la zona de carnes sea la más transitada facilita que se cree una relación entre estos dos seres. Una relación ya no basada por el ideal de ver al perro como ese animal que llegaba a robar carnes y que era perseguido hasta ser golpeado, sino como un perro que resulta siendo colectivo, al estar presente en las celebraciones navideñas, al ser el acompañante en los paseos de los ríos que se realizan al finalizar los años y al recibir fiestas de cumpleaños.

Capítulo 4: Parentesco y mimetismo

Posteriormente de aquel día, decidí regresar a la galería a la semana siguiente. Deseaba volver a sentarme a conversar con don Gustavo para conocer más acerca de los perros. Andábamos hablando, discutiendo sobre temas banales, ya no sobre los perros, sino simplemente sobre la vida. La platica continuaba hasta que de un momento a otro Gustavo gritó “Marica, Martínez, vení para acá”. Me sobresalté un poco por el tremendo grito que había dado Gustavo, pero mi cara se alegró al ver a un hombre trigueño alto de aproximadamente 45 años que con un uniforme mezclado entre azul con rayas amarillas mostraba que era el vigilante de la galería. Inmediatamente Gustavo le comentó que estaba haciendo una investigación sobre los perros callejeros y Martínez con su cálida y tranquila voz me dijo que me parara, que íbamos a ir a la administración en donde podría saber un poco más sobre los perros que había habido en la galería, puesto que él realmente sabía muy poco. Sin embargo, le dije que no me importaba, que cualquier información realmente podría ser valiosa. Hizo un gesto como si estuviera pensando, metió sus manos en los bolsillos, se tocó el bolillo negro que cargaba a un costado y comenzó a decir: “pues vea niña, la verdad es que perros de la galería son muy pocos. Nosotros lo que hacemos es que cuando un perro viene constantemente a la galería, le ponemos un nombre y nos lo quedamos, pero son muy pocos los que se quedan. Realmente, son más los que vienen, comen un pedazo de hígado que les tiran los carniceros y se van”.

Mientras caminábamos podía escuchar cómo los carniceros de al frente del local de mi amigo Gustavo decían, “vean estos perros son unos exquisitos, lo único que comen es hígado. Estos si son unos hijuemadres”. Esa frase me sacó inmediatamente una sonrisa, pero era innegable pensar lo que me había dicho Gustavo de que hace 10 años no todos querían a los perros, que

realmente eran ellos y los *viejos* de al frente los únicos que les daban comida porque les nacían, ya que los otros sólo les tiraban cuando se les caía un pedazo, puesto que donde esos perros se pararan al mesón a robar un pedazo de carne iban a ser perseguidos por el carnicero con un juete para que no volvieran a hacer eso. Martínez tosió durísimo, creo que estaba realmente enfermo ese día, pero al menos me hizo salir del trance en el que me encontraba. Me miró, me sonrió y me dijo “vea señorita, como le contaba. A esos perros los aprecio mucho porque cuando me toca un turno nocturno o diurno, esos hijuemadres están ahí. Me esperan mientras ayudo a descargar la carne y en las rondas que hago durante todo el día a la galería siempre van conmigo”. Interesada por saber en qué horario podía observar mayor cantidad de perros porque sólo había visto 2 hasta lo corrido de la mañana le pregunté en qué momentos del día había más perros y qué días. Pensó un rato, recordó que ese día era sábado, y dijo: “pues entre semana de nueve a diez y los fines de semana hasta la una de la tarde. Aunque eso puede variar mucho, como le digo la mayoría de los perros son de algún vecino de por aquí que no les dan de comer, entonces vienen y se van, u otros son de los talleres mecánicos de la vuelta e incluso hay perras que vienen con sus crías del ferrocarril”.

En consecuencia, con lo que me decía Martínez y lo que pude haber observado, realmente la relación entre los perros callejeros y los vendedores de esta zona a pesar de ser un poco más estrecha porque los perros se encontraban principalmente en este lugar, los que establecían un vínculo mucho mayor era don Gustavo y el vendedor de al frente, quienes sagradamente les daban comida a los perros que llegaban y se sentaban a esperar que se les tirara un pedazo de hueso o de carne, porque de lo contrario, los otros carniceros les dejaban aquellos que se les caía del mesón.

Para mí sorpresa Martínez me estaba llevando al final de la galería. Las personas todavía seguían comprando, en menor cantidad, pero había unas cuantas recorriendo la zona de verduras. Al frente había una pequeña caseta verde con una ventana en la que se podía observar perfectamente a una mujer de baja estatura y gafas digitalizando en su computadora. Tragué saliva, me retiré las pequeñas gotas de sudor que había en mi frente y toqué la puerta. Ella me sonrió y me miró. Martínez le explicó que me encontraba realizando una investigación sobre los perros callejeros en la galería el Porvenir. Así, que ella me hizo pasar, cerró la puerta con fuerza y me dijo: “toma asiento por favor.” Me senté en aquella silla negra que había en esa diminuta oficina. Miré a mi alrededor y parecía como una oficina común y corriente. Dos escritorios, dos asientos y unos estantes llenos de papeles, pero de inmediato un retrato de un perro blanco colocado en la pared me llamó la atención. Lo miré fijamente intentando percibir la mayor cantidad de detalles que tuviera. Sus ojos, su mirada, la posición en la que se encontraba. Mientras hacía esto, ella se percató de que estaba mirando aquel retrato y me dijo: “Esa era sombra. Una perrita que hace poco tiempo estuvo en nuestras vidas. Una vez estábamos sin ningún perro propio de la galería, sólo los que vienen y se comen algún hueso y se van, entonces ese día Martínez apareció con sombra. Llegó y nos contó que esa perrita la había encontrado una muchacha que hace el aseo en la galería, quienes son las encargadas de que todo esté bien limpio. Que había llegado a la galería muy desorientada y fue ahí cuando nos la decidimos quedar, pero esa sombra era un problema. Ella mordía a la gente, era un poco agresiva. La manteníamos encerrada y en la noche era la acompañante de Martínez. Un día se escapó por los ruidos y no la volvimos a ver por un largo tiempo hasta que un día se la vimos a un habitante de calle que rondaba la galería. La llamamos y de una regresó a nosotros. Estuvo con nosotros otros tres años más, hasta que

una vez una joven vino a trabajar a la galería y se enamoró de sombra. Se la llevó y está con ella, pero como la recordamos tanto le hicimos un retrato”.

Lo que me comentaba la administradora, me hacía pensar acerca de la categoría de *parentesco* del trabajo de Kohn (2007) en la alta Amazonía ecuatoriana con la comunidad Runa, en donde a raíz de considerar que los perros tenían alma y subjetividad, empezaron a ser tratados como niños, los regañaban cuando no hacían las actividades que se les eran dispuesta y se les era obligado a ingerir una serie de sustancias cuando estos no pronunciaban en sus sueños las predicciones acerca de la caza de la comunidad. Esto se debía a que, con lo que me comentaba pareciera que la relación entre ella y los perros había avanzado tanto, que el vínculo (Gutiérrez, Granados, & Piar, 2007), enmarcado por el afecto, el cariño y la seguridad que habían creado había conllevado a que ella posiblemente tratara a los perros como si fueran seres humanos.

Sin embargo, detrás de este ideal de ver a los perros como posibles niños, estaba la pregunta acerca de ¿Qué provoca que la administradora del lugar pueda concebir a los perros callejeros igual que los seres humanos? Y la respuesta a esto se encuentra en la categoría “parentesco”. Un término que ha cambiado a lo largo de la historia, pues a mediados del siglo XX el concepto en sociedades no occidentales resultaba de gran importancia puesto que permitía generar una división religiosa, política y económica, ya que el parentesco estaba netamente ligado al linaje y por consiguiente, únicamente los sujetos que tuvieran el mismo grado de consanguinidad podían adquirir los bienes que habían dejado sus antepasados. Del mismo

modo, eran las personas más adultas las encargadas de definir quién debería manejar determinadas actividades, entre otras cosas (Carsten,2004).

No obstante, cabe aclarar que en sociedades occidentales, el término no se encontraba netamente ligado al tema político, religioso y económico, sino que hacía referencia a la vida íntima de las personas. Es decir, aquellas relaciones e interacciones que surgían en los distintos miembros de la familia (Carsten,2004). Así, posteriormente, el término dejó de referirse únicamente a las relaciones humanas y pasó a ser tema de las relaciones entre humanos y no humanos, puesto que las relaciones “no se entretajan desde rasgos biológicos, sino que estas adquieren sentido desde las dinámicas, los vínculos e interpretaciones sociales” (Eraso, 2018, pág. 120). Es decir, que las relaciones de *parentesco* no se entretajan únicamente basado en las características biológicas, sino que sí existe una relación entre un humano y no humano que sea demasiado fuerte y estrecha hasta el punto en que se ha creado un vínculo entre estos dos seres, se podría pensar si esta categoría podría acoger a ese no humano, hasta el punto en que el humano trate como un pariente al no humano.

En este sentido, esto me llevaba a pensar acerca de cómo la relación de *parentesco* con perros callejeros se podría diferenciar con respecto a los perros domésticos, pues basado en el trabajo de Eraso (2018), ella estableció cómo las personas al sacar a sus perros de *raza* a pasear, al llevarlos a restaurantes exclusivos para perros, al no dejarlos compartir espacios con perros *criollos* y al realizarles fiestas de cumpleaños, los humanos habían establecido una relación de *parentesco* con los no humanos basada en observarlos principalmente como unos hijos, como miembros importantes de la familia. Sin embargo, en un espacio de la galería en el que los perros callejeros no se podrían considerar *perros domésticos* porque no

duermen en este sitio, ni establecen una fuerte relación con las personas de este espacio, qué tipo de relación de *parentesco* entonces se podría crear.

Por consiguiente, en búsqueda de conocer acerca de si existían relaciones de *parentesco* entre la administradora del lugar y los perros callejeros, decidí continuar con la entrevista y enfocarme en preguntarle acerca de la historia de aquellos perros que con tanto anhelo recordaba. Así, que ella sorprendida por mi ánimo, comenzó a mostrarme unas fotos que se encontraban en aquel computador blanco. Abrió la carpeta que decía fotos de diciembre y me empezó a mostrar imágenes de ellos con los perros en los paseos que hacían con los trabajadores de la galería. Mientras pasaba las fotos, empezaban a caer una serie de lágrimas por la tristeza que le causaba ver otra vez a esos animales. Su voz cada vez se ponía más suave y un poco entrecortada y, con esa misma voz me señaló una foto y me dijo: “Esta es Manchas. Una perrita blanca hermosa que un día llegó a la galería con sus dueñas, pero ese mismo día que la vimos a través del televisor que puede ver detrás de usted la adoptamos. Esas niñas la dejaron abandonada, se fueron. Le tiraron un pedazo de carne y jamás volvieron. La pobre Manchas estaba desorientada buscando a alguien que pudiera quererla y de verla allí tratando de buscar a sus dueñas nos conmovió el corazón. En ese momento mandé a Martínez a traerla y decidimos quedarnos con ella”.

De repente del rostro de Beatriz comenzaron a brotar una serie de lágrimas. No sabía si debía de parar la entrevista, suponía que algo muy malo debió de haberle pasado a cada uno de los perros que había tenido bajo su vigilancia. Su voz empezó a ser cada vez más suave, tragaba bastante saliva y secándose con su mano derecha todas las lágrimas que habían emanado de su rostro me dijo: “Lo siento, es que a todos los perros que le voy a contar los queríamos

tanto y nos duele sus muertes o sus desapariciones, por ejemplo como la de manchas. Una perrita que todos los días acompañaba a Martínez a las continuas vigilancias que él hacía alrededor de la galería para evitar que los habitantes de calle entren e interrumpen la tranquilidad de los vendedores y es una lástima, que en diciembre esa perra salió con el vigilante y justo prendieron pólvora en la calle. Claro Manchas no sabía cómo reaccionar ante la pólvora y salió corriendo. La intentamos llamar, la buscamos al día siguiente pero al final nadie supo decirnos sobre el paradero de Manchas”.



En la fotografía proporcionada por la administradora de la galería, se puede percibir a Manchas tirada en el suelo jugando con otro perro.

Mientras ella hablaba, la tinta de mi lapicero se había agotado. Bajé mi cabeza, saqué de aquel bolso café otro lapicero negro y cuando me volví a asomar ya había cambiado la fotografía de la pantalla. En ella ya no se veían exclusivamente a los perros bañando en el río, sino que ahora se encontraban personas disfrutando con ellos. Sonríe, me dijo que era supremamente común que se hicieran salidas con determinados perros, pues los llevaban a fiestas, salidas a ríos, entre otras cosas. Su dedo empezó a tocar la pantalla y en ella se podía

ver a un perro de color negro que se mostraba supremamente contento. Ese era Junior, el famosísimo Junior. El perro que había mordido al carnicero Gustavo y que era conocido por ser el perro que duró más tiempo durante la galería, 12 años para ser más exactos. Ese perro había llegado a la galería cuando era apenas un cachorro y por el cariño que le generaba a las personas pudo adaptarse y quedarse ahí. Sin embargo, tengo que decir que a pesar de haber vivido una vida en la que todas las personas de la galería le daban cierto reconocimiento por ser el primer perro que tenía la administradora Beatriz, su muerte fue muy trágica. A raíz de la observación de un tumor, tuvieron que aplicarle la eutanasia.



Las anteriores imágenes proporcionadas por la administradora de la galería, revelan minutos antes de las salidas a los ríos con Junior y minutos después, cuando ya se encuentran en el río. Es importante anotar, que aquellos perros que se ganaban este privilegio eran aquellos que ya habían pasado bastante tiempo en la galería.

En ese momento Beatriz ya me tenía más confianza, aquel ambiente de tensión y de extrañeza que había sentido al entrar a la oficina se había disipado. Se ríe recordando nuevamente a Manchas, la perrita de la pared y diciendo: “es que esos perros son todos unos avispados. Esa Manchas en los partidos de fútbol que organizábamos para los trabajadores de la galería, llegaba y se metía. Cogía el balón y lo intentaba dañar. Eso era todo un espectáculo, las personas corriendo detrás de manchas y manchas corriendo más pensando que eso era un juego.

Bueno, siguiendo con la historia de los perros que han sido propios de la galería desde mi llegada a la administración, otro supremamente importante es Bruno Amarillo, porque antes de Bruno Amarillo tuvimos a Bruno, un perro negro que una muchacha que trabaja en las carnes vino y lo dejó en la galería. Ese perro no estuvo mucho tiempo con nosotros porque se murió por una enfermedad. Sin embargo, Bruno Amarillo realmente si vivió mucho tiempo con nosotros y le pusimos así en honor a la muerte de Bruno. Este Bruno amarillo llegó de las zonas de los talleres ya bastante grande, tendría aproximadamente 7 años, pero se adaptó supremamente rápido. Ese perro era cariñoso, tierno y además, le encantaban los niños. En las novenas que hacíamos ese perro se metía a jugar con los niños y es más hasta comía pastel”.



En la primera fotografía se observa a Bruno Amarillo con la administradora del lugar. En las dos siguientes, se percibe a Lucas, un perro de la galería, estar presente en las novenas y los bailes que realizaban los niños en diciembre. Es necesario aclarar que la fotografía de Bruno Amarillo en las celebraciones navideñas no las tengo, puesto que estas no fueron proporcionadas por la administradora.

Bruno Amarillo, aquel animal para mí representaba aquella difuminación de la barrera de lo humano con lo no humano planteado por Ulloa (2002), pues Bruno Amarillo al ser tratado como un niño, llevado a los ríos para que disfrutara y puesto a compartir en las novenas, revelaba cómo este animal comenzaba a ser tratado como un humano, generando así que la categoría “parentesco” (Acero,2017), tuviera un problema, pues ya no bastaba con que los humanos cupieran en esta categoría sino que había que introducir ahora también a los perros callejeros, que entran con este nombre cuando surgen frases como: “es que era como un niño. Eso le poníamos un conito en la cabeza y le dábamos pastel y comía”.



En la fotografía tomada por la administradora de la galería el Porvenir, se puede observar a Manchas en una de las celebraciones de cumpleaños a uno de los vendedores de la galería.

A su vez, esto me hacía pensar sobre el trabajo de Govindrajan (2015) en el Himalaya, en donde las personas establecieron un vínculo muy cercano con las cabras, al sentir una conexión maternal hacía ellas, pues las cuidaban, las alimentaban y posteriormente les realizaban una serie de pruebas para percibir si el animal se encontraba listo o no para el sacrificio, puesto que las cabras eran tan asemejadas con los humanos, que los dioses recibían

a las cabras como ofrenda, en vez de a los humanos. Esto sucedía igual en la galería el Porvenir, ya que la administradora del lugar y aquellas personas que mantenían ayudando para las vacunas, las salidas y las esterilizaciones de los animales, habían establecido una relación tan estrecha, hasta el punto que observaban al animal como un pariente, como ese ser que requiere de cuidados, de alimentación y de diversión.

La administradora seguía avanzando con las fotos, me había distraído por un pequeño momento. Por fortuna mía, no me había perdido muchas imágenes. Ya íbamos llegando a las últimas y me iba dando cuenta que con los últimos perros que había tenido, su relación era cada vez más fuerte, pues ya no bastaba con que trataran bien a los perros, les dieran afecto y cariño, sino que eran literalmente pensados como niños. Llegada la última foto vi a Lucas, un perro que en la imagen salía envuelto en unas luces y en un árbol. Ella me comentó que ese perro había llegado como a las 5 de la tarde, siendo tan sólo un cachorro. Se lo decidieron quedar por 5 años y luego un carnicero vino y se lo llevó.



Fotografía tomada por la administradora del lugar en la que se observa a Lucas, en las celebraciones navideñas que se hacen en la galería el Porvenir.

Terminó, cerró la carpeta de imágenes. Se quitó las pequeñas lágrimas que habían brotado de sus ojos y sonrió. Me puse a pensar que la relación entre los perros callejeros y los administradores era aún más fuerte que la que tenían incluso los perros callejeros y los vendedores de carne, pues al escuchar a la administradora relatarme la historia de todos los perros que había cuidado, me di cuenta de que aquella relación había sido tan fuerte que había creado un vínculo determinado por el ideal de que el animal les brindaba seguridad, afecto, afinidad y la posibilidad de crear una estrecha relación (Gutiérrez, granados y Piar, 2007) . A su vez, estos perros callejeros no tenían una clasificación como lo planteaba Salcedo (2002) de perros *guerreros*, de *parqueadero* y de *tienda*, sino que simplemente eran denominados perros callejeros.

Luego de terminada nuestra conversación, ella me señaló la pantalla de televisor que tenía detrás de mí. Me volteé y en una de las secciones se podía ver a un perro negro molestando a los vendedores mientras un señor por los gestos que hacía parecía que lo estuviera llamando. Ella me dijo que ese perro se llamaba Tino, que siempre llegaba con su dueño y que Tino, realmente no le gustaba los habitantes de calle. Cuando veía uno los espantaba y los perseguía y cuando hacía eso, su dueño, quien se podía ver como una persona adulta y de edad por las canas que brotaban de su cabeza, tenía que salir a perseguirlo. Me paré, le pedí el favor de que si me podía mandar aquellas fotos. Ella asintió y me condujo a la puerta. Salí, ya eran las 11 de la mañana. Así que decidí irme.

Seguí yendo a la galería por 5 días más, en los que buscaba enfocarme principalmente en aquella zona que había dejado de lado, la de los restaurantes. Un espacio conformado principalmente por 2 restaurantes dentro de la galería y alrededor de 3 por fuera de esta. En los 3 primeros días que fui no había mucho movimiento, pero el cuarto y quinto día las cosas

fueron totalmente distintas. Había más presencia de personas, los perros aparecían con mayor frecuencia, tal vez porque era sábado y domingo, y los compradores usualmente van a la galería por un tamal, por los deliciosos especiales o almuerzos del día, por la lechona o para comprar sus frutas.



En la imagen se puede observar uno de los puestos de la zona de restaurantes. Como este, existen varios puestos de venta de lechona, fritanga, almuerzos y desayunos.

Eran las 11:30 de la mañana. Estaba sentada en una de las mesas de cemento que se encuentran al final de la galería, esperando que algo inédito sucediera. Realmente no había sucedido nada diferente a las otras veces, la cantidad de perros que se veían en la galería eran muy ínfima, escasamente se observaba uno o dos que trascurrían en búsqueda de comida, pero no era como las otras veces que me relataban que se veían 12 perros corriendo y sentándose a esperar que les dieran la comida. Faltaba un cuarto para las 12 del medio día y como de costumbre estaba comiendo una barra de cereal mientras esperaba ver algún perro divagando por ahí o hasta que tomara la decisión de hablarle a algún cliente, pero para mí

sorpresa pude ver una perrita gorda moviéndose de un lado a otro dirigiéndose a una de las zonas del restaurante.

Me paré, bajé aquellos escalones y pude ver cómo un hombre le daba un tamal a una perrita en una de las esquinas, casi al lado de la puerta que da salida para las zonas del ferrocarril. Me acerqué y le pregunté que si la perra era de él o cuál era la razón por la que le daba comida. Él me confesó que era el reconocido “Tito, el cuentacuentos”, un hombre que llevaba varios años trabajando en la galería del Porvenir y que su función en la galería era hacer múltiples tareas, como por ejemplo, cuando era la hora del almuerzo a él le tocaba ayudar a servir los platos, pero cuando eran las 5 de la mañana debía de ayudar a bajar los cerdos y las vacas para que los carniceros comenzaran a picar estos animales por parte.

Ese hombre delgado, casi consumido por los huesos y con una melena de amplio espectro le comenzaba a dar parte del tamal, la lengua, los sebos y los hígados que traía en una bolsa a la perra. Me explicó que él era el encargado de cuidar de los perros de la galería (un puesto que él por sí mismo se lo había otorgado). Él ayudaba a buscarle hogar de paso a los perros callejeros que llegaban y esa es la razón de que muchos ya no habían vuelto, pues le había conseguido adoptante u otros simplemente se habían cansado de ir o los habían atropellado algún carro. En ese momento, la perra se había consumido todo el tamal, él la agarró, dijo que esa era la negra. La besó, retiró el tamal y lo depositó en un basurero. Otro perro, esta vez uno distinto al que siempre había visto apareció. Era un perro de un color negro y pequeño, llegó y un hombre que había dejado la mitad del tamal se lo dio para que “tito” le diera el sobrante al perro y de inmediato lo hizo. Ahí pude comprender que el puesto que él mismo se había designado lo ejecutaba correctamente y que las personas al terminar de

comer, si dejaban algún retazo de comida, llamaban a Tito y él inmediatamente venía y les colocaba la comida a los perros.



Fotografía tomada a un perro callejero que se ubicó en la zona de restaurantes a esperar que Tito le diera un tamal que un cliente había dejado.

Lo anterior me hizo recordar acerca de la investigación en Bogotá realizada por Salcedo (2002) con perros callejeros y habitantes de calle, en donde encontró que los perros en búsqueda de sobrevivir, habían adquirido características humanas como la acción del escarbado, compartir los espacios con los habitantes de calle y dormir en el suelo. Lo que se revelaba en los perros callejeros de la galería, quienes en búsqueda de sobrevivir pareciera que hubieran adquirido características como: el hecho de esperar a que se le diera de comida, buscar a Tito para que este le depositara lo que los clientes dejaran y ubicarse en determinados espacios donde se le es permitido a Tito repartir los alimentos.



En esta fotografía se observa cómo el perro callejero espera que Tito, la persona que se encuentra ubicada a su lado, le deposite algún alimento que dejan los clientes.

Así mismo, no sólo estos perros pareciera que hubieran adquirido características humanas, sino que también al igual que la investigación de Erickson (2017), en el santuario de Camboya, estos perros hubieran creado una especie de comunicación entre ellos y entre las personas que les tiran las comidas, pues esperan que se le dé la comida a cada uno de ellos en un determinado sitio y además, sólo consumen los alimentos cuando estos son colocados por Tito en un lugar determinado. Es que a pesar de que fueran animales *criollos* (Erazo,2018), los consumidores en la zona de restaurante no sentían desprecio ante estos animales, sino que al contrario, sentían pesar porque como mencionaba un comprador “imagínese uno con hambre y el otro comiendo. Da pesar, ¿O usted no le daría a un perro de su comida si este se recostara a su lado?”.

Por consiguiente, en búsqueda de comprender un poco más acerca de cómo se podría percibir que los perros callejeros habían adquirido características humanas en búsqueda de sobrevivir,

decidí seguir hablando con él. Las personas lo saludaban y le decían “ve viejo cacorro ándate a limpiar esos desperdicios de allá, ya sabes que a la administradora no le gusta el desorden”. Lo que me hacía entender que si bien las personas podían darle alimento a los perros que veían por ahí, Tito apenas veía que el perro se retiraba y dejaba allí retazos, tenía que irlos a recoger, pues el desperdicio les desagradaba a los clientes. Durante nuestros diálogos me decía que anteriormente era normal ver muchos perros a los alrededores de la galería, puesto que en las mañanas veían cajas de cachorros al lado de la galería, o perros que eran amarrados para que alguien los desamarraran y se lo quedaran, o incluso, perros fatigados de caminar que se quedaban dormidos en las aceras bajo el sol y sin una gota de agua.

Así mismo, el apodo de “Tito, el cuentacuentos”, era algo que él mismo se había puesto pues según él, era el único que sabía la historia real de cómo habían llegado los perros callejeros a la galería el Porvenir y con las frases de “ella es Sachi, una perrita que viene todos los días a que le dé de comer” y “ese es Chucho, hace rato no lo veía, ese lo recogí de la carrilera porque yo voy les reparto en los parqueaderos o me voy hasta donde está el ferrocarril que sí hay muchos perros y les doy de comer”, buscaba reafirmar el pensamiento que él mismo tenía sobre que conocía todas las historias de los perros callejeros que habían llegado a la galería el Porvenir, pero realmente a la hora de preguntarle acerca de las historias de los perros evadía el tema o se ponía a hacer otras actividades como ayudar en la cocina o hablar con sus amigos.

Terminada la conversación, decidí emprender mi rumbo a los restaurantes de las afueras de la galería el Porvenir. Hay uno de ellos, que es reconocido por no sólo vender los platos “comunes” que giran alrededor de 6.000 pesos con sopa de pescado y aguapanela, sino también, por los famosos platos ejecutivos que tienen un costo de 12.000 o 13.000 y cuyo

valor se debe a que podría ser un bagre en salsa o en una lengua en esta misma preparación. Decidí sentarme en una de las mesas blancas que había y pedí el famoso *combinado*, un plato que tiene un valor de 3000 pesos y que consta de legumbres, arroz y vegetales. Me encontraba allí, observando con ansias la presencia de algún perro, pero nada pasaba.

Al pasar unos minutos el restaurante se comenzó a llenar y aquellas mesas blancas con asientos blancos empezaron a tener comensales. Había mucho ruido, los mecánicos de talleres aledaños y los trabajadores de las constructoras con sus ropas sucias de trabajar se sentaron a mi lado, me sonrieron y pidieron los platos “comunes” de la galería. Pasó 5 minutos y algo maravilloso pasó, 5 perros de distintos tamaños y colores aparecieron y como una especie de plan de estrategia de supervivencia se sentaron en el suelo en frente de diferentes mesas. Ellos observaban al comensal, pasaban por al lado de ellos y posteriormente se ubicaban casi que al frente de ellos. Es que parecía que al igual que lo sucedido en Camboya, en el santuario de Elefantes (Erickson, 2017), los perros habían creado una comunicación entre ellos, la cual permitía que todos se ubicaran en una determinada mesa en específico, sin que esta se repitiera y sin que todos se amontonaran en una. Era como una especie de mimetización (Sánchez,2018), en el que los perros habían adquirido características humanas para poder sobrevivir, pues los perros callejeros parecían humanos sentados en el piso, en diferentes puestos, para que les dieran un pedazo de carne.



Esta fotografía fue proporcionada por la administradora del lugar. Aquí, se puede observar claramente cómo en las zonas de restaurantes, ubicados a los alrededores de la galería, los perros se sientan a esperar que se les dé algún alimento. Así, el perro de la fotografía tiene un collar puesto que es uno de los perros de la galería.

Inmediatamente, uno de ellos se sentó al lado mío y comencé a comer observando si las personas rápidamente les daban algún pedazo de carne o si era únicamente al final de terminar el plato que se le podía dar al animal. Esperando a entender lo socialmente establecido, decidí pedir una porción de carne para el animal y mientras esto sucedía, me di cuenta que el patrón de darle comer a los perros era distinto, algunas personas deslizaban un pedazo de carne o de pollo a los perros, se los tiraban en el suelo, mientras que otros apenas terminaban de comer se retiraban del restaurante y llamaban a los perros para que pasaran la avenida y se los daban al otro lado de la calle. Terminé de comer y decidí hacer lo mismo, me pasé la calle y llamé rápidamente a uno de los perros que había. De inmediato, uno de ellos se acercó a mí, se comió la carne y como un gesto de agradecimiento colocó su hocico en mi mano. Lo acaricié, miré el reloj y apenas eran las 12:20, pensé que ya había pasado mucho tiempo en la galería y decidí irme.

Pasaron varios días antes de que volviera a la galería, con lo que tenía de trabajo de campo ya había podido comprender que había unas zonas en las que la relación con los perros callejeros estaba realmente enmarcada por el ideal de convivir con el animal (Haraway, 2008), es decir aprender a vivir con la especie, entender que la relación no debe darse por el especismo y el antropocentrismo, la discriminación y explotación que tienen los humanos hacia los no humanos (Sánchez, 2018) como era la zona de los carniceros y de la administración, pues ellos trataban al animal con respeto, cariño y afecto. Mientras que había otras zonas, en la que la relación estaba enmarcada por la indiferencia hacia este animal como son los espacios intermedios de la galería y la zona de verduras/frutas. Entonces, en búsqueda de reconocer si había una diferencia entre la relación que se crea en la galería con la relación que se da con las personas que sólo transcurren en ella decidí entrevistar a los compradores para percibir si había una diferencia.

Así que comencé, a entrevistar. En las últimas visitas a la galería, decidí preguntarles a los compradores sobre los perros callejeros que veían en la galería, muchos me decían que no veían perros, otros me decían que sí los veían pero que no los trataban porque únicamente iban a comprar el mercado de su casa. Sin embargo, al divagar por la zona de comidas y preguntar a los clientes de este lugar, me di cuenta que en este momento sí había una relación más estrecha con el animal, una relación marcada por la tristeza que les generaba ver al animal en condiciones deplorables, pues muchos llegan en mal estado, con sus patas heridas, en los huesos o incluso se presentan perras embarazadas. Al preguntar, me pude dar cuenta que los clientes tienden a tener perros o gatos de raza, que este elemento juega un papel importante en su vida, pero que a pesar de esto no muestran desagrado o indiferencia a estos animales, pues ellos les dan de comer retazos de tamal, lechona, papa rellena, entre otras.

Lo anterior, lo pude observar en el caso de doña Gloria, una cliente fiel de la galería, que había dejado de ir por motivos personales, pero que ahora que había vuelto sí percibía una diferencia en la cantidad de perros que había antes, ahora sólo veía 2 o 3. Ella tiene un gato siamés y lo eligió simplemente porque le gusta los animales de *raza*, porque estos animales sí representan el canon de belleza (Erazo, 2018), no como los “perros callejeros. Esos *cacri*, callejeros criollos, que divagan por aquí”, como me lo decía ella. Esto último me llevó a pensar que realmente desde el punto de vista de los compradores, si bien puede haber una empatía hacía estos animales al verlos en condiciones deplorables, todavía sigue estando muy presente la diferencia entre raza/criollo, mostrando cómo esta última se relaciona con el ideal de peste, comportamiento agresivo, sin hogar humano y asemejado con el proletariado por su ideal de libertad (Erazo, 2018).

Así, había otros compradores que a pesar de no tener perros o gatos como mascotas, porque “un perro es peor que un niño”, sí señalaban que todos los perros de la galería eran unos callejeros que en búsqueda de sobrevivir se rebuscaban la comida y que cuando se acercaban a ellos, mientras comían, les tiraban un pedazo de carne porque como me lo dijo un cliente “da pesar ver a esos pobres animales”. Entonces si bien no existe una indiferencia total en todos los compradores, el ideal de raza/criollo está presente en su mente, pues como lo señalaba Gustavo “aquí hay es puros criollos. Da pesar por los perros callejeros, ellos no tienen la culpa. La gente los abandona simplemente porque no son de raza, porque como no es lo que la gente quiere, entonces lo botan y a uno le toca verlos y darle de comer”.

En este sentido, pude comprender terminada las visitas a la galería que la relación entre los seres humanos y los perros callejeros en los espacios populares, se encontraba enmarcada por observar a estos no humanos, como *perros colectivos*, es decir perros que pertenecían a todos

los miembros de la galería. Debido a que, con las recolectas de dinero para pagar las esterilizaciones, las salidas a los ríos con los animales y las fiestas de cumpleaños que les realizaban, todos se habían convertido en sus dueños.

Por consiguiente, resulta interesante observar cómo estos *perros colectivos* en espacios populares comienzan a adquirir características humanas en búsqueda de sobrevivir, como: esperar a que les tiren un pedazo de carne, dormir a los alrededores de la galería, sentarse en el suelo al lado de las diferentes mesas del restaurante, ha conllevado a que los seres humanos observen a este como un pariente, hasta el punto que para el sector denominado “espacios más transitados”, son observados como un miembro de la familia multiespecie que han creado. Puesto que, las conversaciones con tito el cuentacuentos, los diálogos con los carniceros, las entrevistas a don Chucho y el Ojé verde, las fotos que me revelaba la administradora de la galería, los paseos que hacían, los pasteles que le daban a los perros colectivos y las celebraciones de navidad, en la que hacían parte estos animales, revela ese alto grado de parentesco que existe entre seres humanos y perros callejeros.

Lo anterior resulta supremamente interesante para las investigaciones de *parentesco*, pues como se puede observar en el trabajo de Eraso (2018), usualmente se observa la creación de este tipo de relaciones entre seres humanos y perros domésticos, puesto que al comprarle diferentes vestimentas, tratarlos como si fueran niños, gastar grandes cantidades de dinero en la celebración de cumpleaños, entre otras cosas, se percibe más claramente cómo el perro doméstico al entrar en la vida de las personas, deja de ser un extraño para ser visto como un miembro más de la familia, como un pariente de ellos. Sin embargo, esto no es el caso para los perros de la galería, quienes no son vistos como perros domésticos, sino como perros

callejeros que además de ser categorizadas bajo este pensamiento, también son parientes de los seres humanos.

Conclusiones

Luego de terminar mi trabajo de campo, me pude dar cuenta de que en los espacios populares, como la galería el Porvenir, se puede observar que dependiendo de la cantidad de veces que transitaban los perros callejeros, así mismo se creaba un tipo de relación. En este sentido, dividí la galería en 2 zonas, *las poco transitadas*, en las que principalmente se encontraban las personas que vendían frutas y verduras. En este sitio, los seres humanos simplemente observaban a los perros callejeros pasar con un pedazo de hueso y, a raíz de esto, su relación estaba enmarcada por un intento de generar un vínculo cercano entre los perros callejeros y los seres humanos.

Por otro lado, el segundo espacio era *la zona más transitada*, en la que entre sus principales personajes se encontraban los carniceros, la administradora, las personas de los restaurantes y “Tito, el cuentacuentos” (el encargado de alimentar a los perros callejeros). En esta zona me pude dar cuenta de que los perros callejeros dejaban de ser unos no humanos simplemente ignorados, a pasar a ser *perros colectivos*, es decir perros que no tenían un dueño específico, sino que simplemente, al todos contribuir para pagarles las esterilizaciones, las vacunas, las fiestas de cumpleaños y llevarlos a disfrutar de diferentes festejos, todos se habían convertido en sus dueños.

Por consiguiente, esto me condujo a uno de los grandes hallazgos y es que la distribución espacial y la poca salubridad pública que existen en los puestos de comida, habían contribuido a que se entablara esta determinada relación, en la que los perros no sólo habían

creado un fuerte vínculo con los seres humanos, sino que también, en búsqueda de sobrevivir habían establecido características humanas, como la llegada a las 6 am a esperar el camión de comida, la distribución en diferentes mesas del restaurante ante la espera de un retazo de comida y, la ubicación en específicamente dos puestos de carne para el recibimiento del pedazo de menudo, de hígado y otros tipos de carne que siempre les daban.

A su vez, esta estrecha relación entre seres humanos y perros callejeros, llevó a que estos animales no sean catalogados como no humanos de compañía, que simplemente estaban ahí para generar una compañía y un afecto a las personas que trabajan en este sitio, sino que, realmente al existir un vínculo entre estos dos seres, los perros callejeros habían llegado al punto de ser vistos y tratados como un *pariente*. Como un *pariente* que recibe fiestas de cumpleaños, que acompaña a los directivos de la galería a los ríos y como un ser que disfruta de las celebraciones navideñas.

Por otro lado, quiero señalar que para futuras investigaciones, se debería de observar la relación entre los seres humanos y los gatos callejeros en los espacios populares, pues durante mi trabajo de campo, pude percibir que los gatos callejeros eran vistos como “una peste”. Como esos seres que se trepan a dañar la fruta, que roban los alimentos de las casetas de fritanga y que transmiten muchas enfermedades. Así, frases como: “esos gatos saltan en las noches y destruyen las frutas. Toca colocarles plástico por eso”, “¡Malditos gatos!” y “Aquí lo que hay es gatos”. Me demostraban que lo que anteriormente pasaba con los perros callejeros, de que principalmente fueron visto como “una plaga” que era golpeada por los robos que hacían, estaba sucediendo igual, pero ahora con los gatos callejeros. Lo que me conlleva a pensar que la cantidad de no humanos podría influir en entretejer una determinada relación, ahora que la cantidad de perros se ha reducido a un número de 6 o 5 y ya no de 15,

se ha creado una relación más armoniosa, basada en el ideal de convivir con el animal, pero antes la relación que existía con los perros callejeros no era esta.

En conclusión, las distintas visitas a la galería el Porvenir me demostraron que en este espacio popular se puede observar cómo la relación entre los seres humanos y los perros callejeros ha cambiado en estos últimos años, pues ha pasado de ser una relación determinada por observar a estos no humanos como “una plaga”, que debía de ser exterminada al invadir los puestos de comida de los carniceros, a una relación basada en el ideal de *convivir* con la especie, es decir, aprender a vivir con estos no humanos. Lo que ha provocado que la relación entre seres humanos y perros callejeros, haya avanzado tanto hasta el punto en que los perros callejeros han adquirido características humanas en búsqueda de sobrevivir (*mimetismo*)y, en que los seres humanos perciban a estos no humanos como *parientes*. Como no humanos que brindan cariño, amor, afecto y es por tal motivo, que tienen la posibilidad de acompañar a los seres humanos en distintas actividades como: salidas a ríos, estar presente en los cumpleaños de los trabajadores, gozar de las fiestas navideñas, entre otras cosas.

De igual modo, es importante aclarar que a pesar de que todos los integrantes de esta *familia multiespecie* contribuyen en la manutención de los perros de la galería, bien sea en especie o en dinero, no todos(as) establecen una fuerte relación con estos *perros colectivos*, pues esta se encuentra determinada por si el espacio es una zona en la que los perros callejeros transitan mucho, o si es una zona poco recorrida por estos no humanos.

Bibliografía

- Bolton, M. (2020). We Need to Talk About the Dog! Explorations of Human–Canine Relations and Community Hybridity in Bolivia. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 1-20.
- Cadena, G. j. (2013). *Estudio para la estimación de la población de perros callejeros en Mercados Municipales del Distrito Metropolitano de Quito. DMQ*. Quito: Universidad San Francisco de Quito.
- Carsten, J. (2004). Introduction: After Kinship. In J. Carsten, *After Kinship* (pp. 17-31). Cambridge: Cambridge Univeristy Press.
- Carsten, J. (2004). Introduction: After Kinship? In J. Carsten, *After Kinship* (pp. 1-31). New York: Cambridge University Press.
- Comisionporlamemoria. (n.d.). *Sectores populares: identidad, memorias y el barrio*. Retrieved from <http://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/colecciones/vol4/los-sectores-populares.pdf>
- Diez, A. (2014). Se ladra, se pita y se grita. Perros sueltos en La Gaitana, Suba y en San Mateo, Soacha. 2010 - 2014. 15-157. Bogotá, Colombia.
- Disconzi, N., Jardim, A., & Silveira, V. (2017). La mascota bajo la perspectiva de la familia multiespecie y su inserción en el ordenamiento jurídico brasileño. *dA, Derecho Animal*, 1-20.

- Eraso, A. (2018). ¡OJO CON EL PERRO! Un acercamiento etnográfico a la (re)significación de animales no-humanos domésticos (Perros) en un parque de Cali. 1-125. Santiago de Cali, Colombia.
- Erickson, J. (2017). Walking With Elephants: A Case for Trans-Species Ethnography. *The Trumpeter Journal of Ecosophy*, 23-47.
- Fock, M., & Jacob, D. (2018). Escuchando el llamado del bosque”: explorando las dimensiones afectivas de la conservación ambiental desde la etnografía multiespecies. Santuario El Cañi, Chile. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 221-238.
- Gandhi, A. (2012). Catch me if you can: Monkey capture in Delhi. *Ethnography* , 43-56.
- Govindrajan, R. (2015). "The goat that died for family": Animal sacrifice and interspecies kinship in India's Central Himalayas. *American Ethnologist*, 504-519.
- GOVINDRAJAN, R. (2015). The goat that died for family : Animal sacrifice and interspecies kinship in India's Central Himalayas. *American ethnologist*, 504-519.
- Gutiérrez, G., Granados, D. R., & Piar, N. (2007). Interacciones humano-animal: características e implicaciones para el bienestar de los humanos. *Revista Colombiana de Psicología*, 163-183.
- Haraway, D. (2008). *When Species Meet*. London: University of Minnesota Press.
- Helmreich, S., & Kirksey, E. (2010). THE EMERGENCE OF MULTISPECIES ETHNOGRAPHY. *Cultural Antropology*, 545-576.

- Kohn, E. (2007). How dogs dream: Amazonian natures and the politics of transspecies engagement. *American Ethnologist* , 4-24.
- Mamaní, L. (2009). *ENTRE EL ZORRO Y EL CÓNDOR: PRODUCCIÓN GANADERA Y SIMBOLISMO EN LA QUEBRADA DE HUMAHUACA*. Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Morales, S. (n.d.). *Reflexiones críticas sobre el Perspectivismo de Viveiros de Castro*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos .
- Ogden, L., Hall, B., & Tanita, K. (2013). Animals, Plants, People, and Things. *Environment and Society: Advances in Research* , 5-24.
- Raby, D. (2014, Junio 13). *Comidas del Zopilote. Ofrenda, limpieza y empatía en un ritual agrícola (Alto Balsas nahua, México)*. Retrieved from <http://journals.openedition.org/alhim/4496>
- Restrepo, D., Carmona, E., & Zapata, M. (2018). *Significados que construyen las familias pertenecientes al grupo Canicross del municipio de Bello-Antioquia, acerca de la dinámica familiar con la vinculación de la mascota*. UNIMINUTO.
- Salcedo, A. (1996). La cultura del miedo: la violencia en la ciudad. *Revista Controversia*, 100-116.
- Salcedo, M. (2002). Ser Perro Callejero: Mimetismo e Inurbanidad en Espacios Urbanos de Bogotá. In A. Ulloa, *Rostros Culturales De La Fauna: Las Relaciones Entre Los Humanos Y Los Animales En El Contexto Colombiano* (pp. 90-115). Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

- Sánchez, J. (2018). Familias-más-que-humanas: sobre las relaciones humanos/no-humanos y las posibilidades de una etnografía interespecies en Colombia. *Universal Federal de Paraná*, 305-317.
- Segata, J., & Lewgoy, B. (2015). Animals in anthropology. *Redalyc*, 27-37.
- Tarazona, L. (2016). Formulación de estrategias para el manejo de perros ferales, semi-ferales y domésticos en cinco municipios de la jurisdicción CAR. *Trabajo de grado presentado como requisito para optar el título de Bióloga*. Bogotá, Colombia: Universidad de la Salle.
- Ulloa, A. (2002). ¿Ser humano? ¿Ser animal? In A. Ulloa, *Rostros culturales de la fauna. Las relaciones entres los humanos y los animales en el contexto colombiano* (pp. 9-31). Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Vertesh, S. (2012). Flexible Personhood”: Loving Animals as Family Members in Israel. *American Antropologist*, 420-432.

Anexos

Espacios menos transitados por los perros callejeros

En las siguientes fotografías se revela los espacios menos transitados por los perros callejeros, como es la zona de verduras y de frutas. En ellas se puede observar uno o dos perros divagando por estos lugares, como se muestra en la primera fotografía.



Ruta de supervivencia de los perros callejeros

En las siguientes fotografías se perciben a los perros callejeros ejecutando su ruta de supervivencia. Esta inicia a muy tempranas horas de la mañana, partiendo de los alrededores de la galería, pasando por los espacios menos transitados y terminando en las zonas de carne, restaurantes y espacios de la administración.



Espacios más transeurridos

En las siguientes fotografías se puede percibir cómo los perros se acercan a los clientes a olerlos y cómo algunas personas depositan en el suelo las comidas para que los perros se las consuman.



La administración.



Las siguientes imágenes proporcionadas por la administradora, revela una relación marcada por el cariño y el afecto entre las personas de esta zona y los perros callejeros. Así, en la fotografía se percibe a la secretaria de la administradora del

lugar con un perro callejero, cuyo nombre no fue nombrado, pues hubo varias historias que no se contaron.



Administradora de la galería el Porvenir junto con Sombra.

En las siguientes fotografías se observan a los perros yendo a salidas de los ríos y acompañando a los vendedores en celebraciones. Así, cabe aclarar que el único nombre que



tengo es el de Manchas, la perrita blanca de la esquina derecha, pues los otros sólo fueron recordados,



pero nunca nombrados en las conversaciones con la administradora y su secretaria.